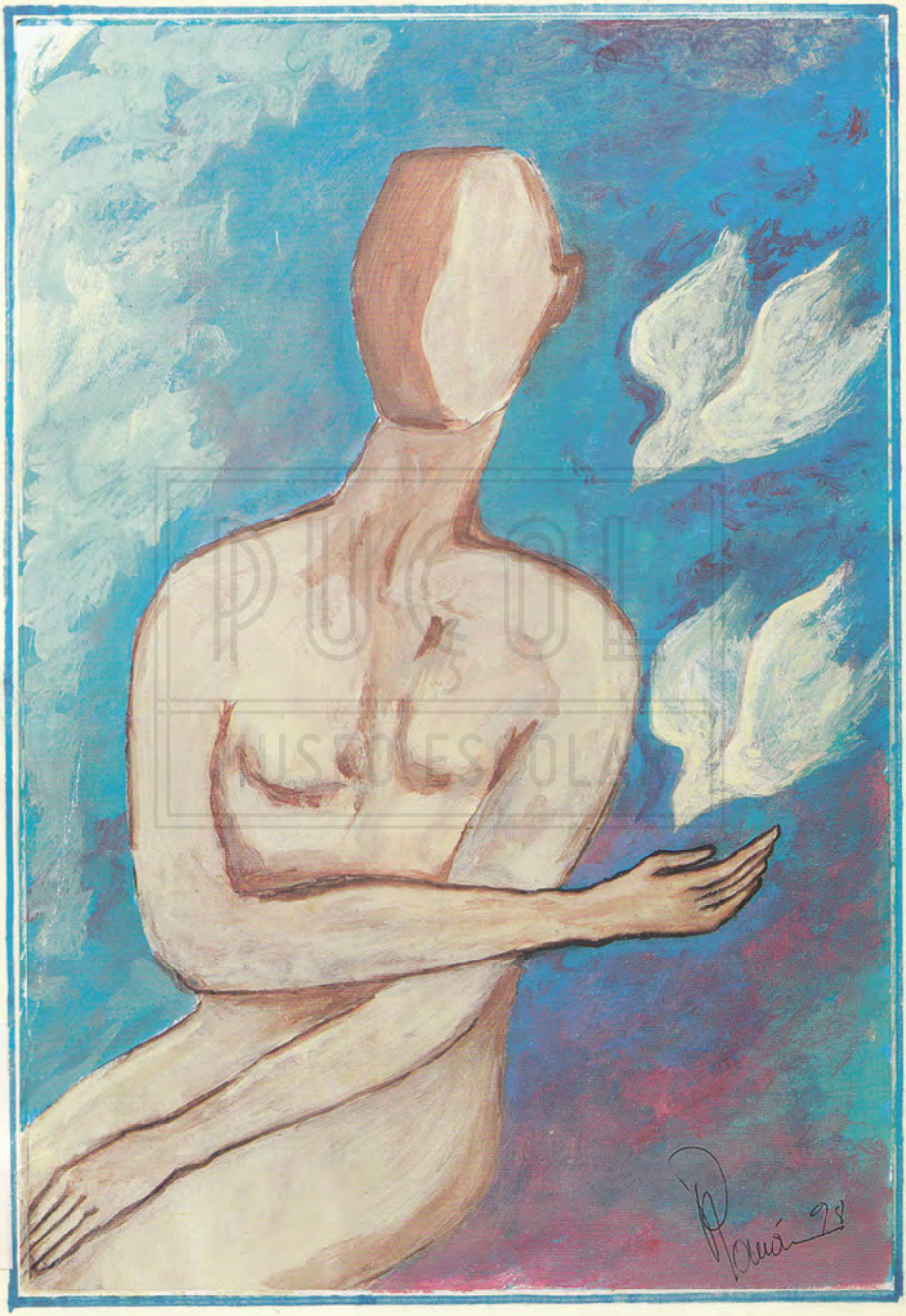
MIRANDO HACIA ATRÁS, SIN IRA



Baltasar Brotóns García

PUÇOL
MUSEO ESCOLAR

Baltasar Brotóns García
De la Asociación Alicantina de Periodistas y Escritores de Turismo

sig TE.339
R 1839.

Mirando hacia atrás, sin ira

(Recuerdos de juventud)

Para la Biblioteca del
Museo del Ruedo
17-1-02

PUÇOL
MUSEO ESCOLAR

PUÇOL
MUSEO ESCOLAR

© Baltasar Brotóns García
D. L.: A-597-1998
Segarra Sánchez, S.L.
O. Winibal, 39 - Elche
Portada: Milagros Román Maciá

PUÇOL
MUSEO ESCOLAR

ÍNDICE

Prólogo 7
Las Navidades de los pasados tiempos 11
A ver al Rey 17
Juegos infantiles 25
Maestro a domicilio 29
Cuando aparecieron las bicicletas 37
Lo que va de ayer a hoy 43
Tiempo de lectura 49
Ilusión por estudiar 53
Mis frustraciones 61
La cultura campesina de los pasados tiempos 65
Cuando se proclamó la República 77
Afición a la literatura 85
Las miserias de la guerra 89
Una noche inolvidable 95
Las cartillas de racionamiento 101
Campos sin pájaros 109

PUÇOL MUSEU ESCOLAR

PUÇOL
MUSEO ESCOLAR

PRÓLOGO

Ya quisiera para mi, la facilidad y la alegría chispeante de D. Emilio Soler o la sencillez y profundidad de D. Antonio González Pomata. Puesto que ni una ni otra adornan mi ser, solo podré, con tu permiso relatar brevemente un conjunto alborotado y un poco disperso de sentimientos sinceros, que en éstos últimos días he alimentado con tesón y con esmero. Prologar significa anteponer un escrito de presentación y estudio crítico de la obra y del autor. Por mi carácter rebelde comenzaré por el autor.

Baltasar Brotóns, para mí, es ante todo un ser repleto de una inmensa humanidad; es un ciudadano del mundo que bebe detalles hasta embriagarse de ellos para, luego, con una gran generosidad, regalárnoslos poco a poco en sus libros, pero sin cesar ni un solo instante.

Baltasar Brotóns es un hombre bueno y un buen agricultor, pues sin lugar a dudas, no solo es buen agricultor el que obtiene buenas cosechas y consigue venderlas bien; también son merecedores de ese don quienes velan y se preocupan por el pasado, presente y futuro de los agricultores, sus familias, su cultura y

sus tierras. Dentro pues de la agricultura caben, y así debe ser, quienes laboran, riegan, podan, hablan, defienden, representan, compran, venden y promueven. Quienes, como Baltasar, sienten el campo como parte íntima de su ser.

He de reconocer, y así cumplo con el concepto clásico del prólogo, que a veces he sido crítico con él, y no siempre he sido capaz de escuchar con el corazón.

Fue en la presentación de uno de sus maravillosos libros en los que nos regala parte de sus ojos, de sus oídos y de su piel vestida con cariñosa tinta, alrededor de los recuerdos y vivencias de sus viajes, cuando descubrí el verdadero sentido de escuchar los silencios y leer lo que no está escrito. Yo fui a esa misma ciudad y no capté ni la mitad que él, y ni siquiera recordaba claramente mis vivencias. El, con su pluma fácil y directa y con sus palabras moldeadas de cariño y generosidad, me tocó el corazón y la memoria, y sentí un poco de vergüenza y mucha alegría, comprendí el verdadero sentido de su obra. ¿Por qué nos empeñamos en abandonar en el fondo de nuestro recuerdo momentos, tristes o alegres, tan llenos de vida? Con ellos se alimenta nuestro corazón .¿Por qué renunciar a tan sabrosa pitanza? Gracias Baltasar.

Realizar este pequeño homenaje fue para mi una súplica, para él uno más de sus actos generosos; pero él no sabía hasta que punto iba a ser grande conmigo su generosidad, pues de la lectura de esos folios, quedo mucho más que admirado, quedo integrado, pues he sentido que algo de mi vida estaba expresado en esas líneas escritas. Baltaret, *yo també pasturaba les ovelles y feia herba pals conills.* Y lo que más te agradezco es que reavivaras en este libro un recuerdo que los hombres del campo me contaron de mi abuelo Pepe. Que él era el encargado de llevar al cura, con su tartana, los domingos para la misa.

Del texto destaco una abundante y colorida garba (haz) de conceptos y palabras donde se mezclan sabiamente las modernas y académicas con las tradicionales de una descripción costumbrista rural, todo ello adornado con grandes dosis de alegría y sentimientos puros, pero sobre todo con mucha generosidad en el relato y hacia lo y los relatados.

Baltasar Brotóns se nos muestra en este libro con un mensaje cercano, próximo, interno y cargado hasta las barandas de senti-

mientos que muchos sin duda llevamos dentro sin ser capaces de dejarlos salir y mucho menos con la sabiduría, el conocimiento y la mesura que él tiene en su escribir y en su vivir.

Encontramos, de manera agradable y con sorpresa referencias sublimes a la agricultura biológica o biodinámica y sobre todo veladas propuestas de turismo rural. Así, la carne de pavo de casa aparece especialmente jugosa, el vino elaborado de manera artesanal, ya casi perdido en el término, la leña de olivo para los asados y las rondas de los chicos a las chicas, «anar de chiques» con todo su ritual y lo que suponía de agasajo para la chica visitada y para su familia o el alquiler de bicicletas para recorrer el campo. No renuncia Baltasar a la sal de la vida cuando se refiere al turismo y describe la experiencia vivida por muchos y en ello se permite ciertas licencias y picardías que si su esposa no juzga, no seré yo quien lo intente. A veces se le escapa, al escribir, cierta querencia, pero dos párrafos más adelante prima el sentido común y un valor inmenso de integridad que caracteriza a los hombres con profundas raíces rurales y que nos lleva de la mano a ver con claridad la razón o sin razón de cada momento vivido, hecho o situación, liberados así de partidismos y empecinamientos.

Baltaret me reta, como a todos, con su más sublime aspiración, leer un libro diario. He cometido la imprudencia de contar el equivalente a cuatro horas diarias de lectura y ello supone más de seis mil días casi un tercio de la vida leyendo. Si a ésto añadimos sus afirmaciones, *"lo normal es que el hombre sienta nobles ambiciones y ansías de superación tratando de mejorar, en la medida de lo posible, su situación personal en cada momento de su vida»* o *«...mucha fuerza de voluntad, vocación inquebrantable, ansia infinita de superación y de autoestima»,* solo podemos convenir que en los textos, en sus textos, se encierra, además, una razón poderosa, un consejo y un método para vivir, vivir intensamente. Viví, como tú, la experiencia de descubrir por primera vez mi nombre al pie de un escrito publicado y fuiste tú quien me motivó a publicar artículos y tribunas y conté con el buen consejo de amigos, de los que algunos ya no están.

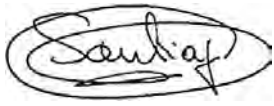
A ustedes, lectores, les aconsejo, permítaseme, que lean este libro con paciencia, con tiempo y con la audacia de ver, como en esos cuadros modernos, la imagen oculta tras la apariencia, que es

mucho, pero mucho más valiosa. No cometamos el desliz de quedarnos solo con las palabras de un hombre que escribe con el corazón. En especial su relato en Canarias de la estrella fugaz.

Revivir es vivir muchas veces y disfrutar de lo vivido, pero si ese revivir se comparte con los amigos, que de Baltasar son todos, se convierte en uno de los mayores gestos de generosidad conocidos, darse uno mismo, dar lo que llevamos dentro.

He pretendido ser breve, como Antonio G. Pomata, pero no lo he conseguido, me permitirás, Baltasar, que incluya unos versos, sin medida, nacidos el mismo dia de reyes en tu casa

Amando, amante, da el amor
a su amada, a las dos.
Amor, amado lo regala,
tesoro, enamorado,
etéreo que se expande
en los rincones del corazón,
de todos, los que ama.
La tierra recibe su calor,
su interés, desinteresado,
su preocupación.
De amor, amado,
amador empedernido,
a su esposa muy amada,
da su amor, ahora nevado.
Amor viajero, observador,
de recuerdos lleno,
que regala a los amigos,
a todos y por todos apreciado.



Secretario Técnico
de Jóvenes Agricultores
ASAJA de Alicante

LAS NAVIDADES DE LOS PASADOS TIEMPOS

En la actualidad, las Fiestas Navideñas, han perdido casi por completo, el carácter de estricta religiosidad que tuvieron en los tiempos pasados, cuando la sociedad se movía a través de otros parámetros. Hoy, las Navidades, más que otro cosa, son un motivo y una excusa para mucha gente que las aprovechan para salir de viaje, en plan turístico, hacia algunas regiones españolas del sur, donde el clima es más templado y también hacia las estaciones montañosas de esquí, donde pueden practicar los deportes de la nieve, e incluso, hacia algunos países extranjeros, que estas fechas las consideran temporada alta, por la gran cantidad de turistas que se desplazan allí, en los últimos días del año.

Por lo tanto, se puede decir que en la actualidad, hablar de Navidades y hablar de vacaciones, con viaje incluido, es todo la misma cosa, ya que la cultura de las vacaciones viajeras, que ahora hace furor, en los pasados tiempos, no habían tomado aun carta de naturaleza, en las costumbres de la sociedad de entonces, ya que las familias solían reunirse en esos días entrañables, alrededor de la mesa, (ahora también lo hacen, pero mucho menos) para reunirse y comer

juntos, en paz y armonía, los platos típicos de la cocina local, (el "puxero en terongetes" no podía faltar en esas fechas), con abundante y sabrosa carne de pavo, criado en casa y alimentado con piensos naturales cosechados en las tierras propias, con mucho esmero, durante diez o doce meses, expresamente, para ser sacrificado y consumido durante las Navidades.

Aquellas comidas de Navidad, las considerábamos algo extraordinario, como auténtico banquetes, pues no podemos olvidar que en aquellos tiempos en que se vivía más pobremente que ahora, sólo comíamos carne de uvas a peras. De ahí el que esperábamos con ansia infinita, a que llegaran las Navidades, porque durante esos días, al menos, podíamos comer carne con una cierta abundancia, como una excepción en lo que solía ocurrir durante el resto del año.

Como entonces no había neveras ni frigoríficos en los hogares, como hay ahora, en todas las casas, las mujeres tenían que ingeniárselas para que la carne del pavo, (la costumbre era partírselo entre dos familias y una de ellas lo sacrificaba la víspera de Navidad y la otra, la víspera de año nuevo) no tuviera que estar muchos días, antes de consumirla, evitando en la medida de lo posible su deterioro.

Primero, se comían las partes más grasientas, que se corrompen antes y después las extremidades, que tienen menos grasa y resisten más.

Además de cocida, la carne de pavo se comía también frita y asada, con guarnición de patatas y tomate. Y de todas las formas, estaba apetitosa y exquisita, y mucho más aún cuando se estaba tanto tiempo esperando para poder gozar de este auténtico "festín gastronómico".

Si la familia tenía pocos miembros, se prescindía del pavo y se sacrificaba una gallina, que también hacía un caldo exquisito, y por consiguiente, un "puxero" muy sabroso. Y en todos los casos, para acompañar la comida, lo único que se bebía era vino de la propia cosecha, elaborado en casa. (Lo del champán y el cava, que está ahora tan de moda, entonces y en aquellos ambientes, no se conocía. Tampoco se consumían turrón y mazapanes, que en el campo, apenas eran conocidos.)

Claro está, que estamos hablando de las costumbres de las familias campesinas ilicitanas, de las primeras décadas del presente siglo. Las familias de la población, tenían unas costumbres algo diferentes, como distinta era también su cocina y su gastronomía.

Y para postre, castañas y nueces, acompañadas con almendras tostadas de la cosecha propia. Las castañas y las nueces, era lo único que se compraba, todo lo demás era cosechado en casa.

Por aquellos años, el día de Navidad, los chicos que tenían entre seis y catorce años, solían visitar a sus tíos y a sus abuelos, para que "li donaren estrenes", después de felicitarles las Pascuas, "estrenes" que tenían escasa cuantía monetaria, pues la situación económica de la mayoría de las familias, no les permitía hacer grandes dispendios. Así es que dar una peseta o dos, (en plata, por supuesto), ya era una cantidad respetable, equivalente a cuatro o cinco mil pesetas de hoy De esta manera, si un chico tenía dos abuelos, dos abuelas y varios tíos, con un poco de suerte, podía recoger ocho o diez pesetas, (eso sí, todas en monedas de plata) que entonces era un auténtico capital. Y esa fortuna, el chico sabiamente aconsejado por su madre, "el posava en una vidriola de test", (en aquellos tiempos, lo de las libretas de ahorro, no se conocía aun), que no se rompía hasta que llegara el día del Santo del muchacho. Ni que decir tiene, que el que custodiaba ese pequeño tesoro, era la madre y no el chico. De esa manera, le libraba de la tentación de "tencrar la vidriola", antes de la fecha convenida.

Una vez que esas "pesetillas" recobraban la libertad, saliendo de su encierro, la madre las empleaba comprándole al chico algunas prendas de vestir que le fueran más necesarias y precisas.

Por otra parte, a esas edades, los domingos por la tarde, las madres solían darles a los chicos, entre quince y veinticinco céntimos, para que pudieran comprarse algunas "chucherías", si tenían ocasión para ello. Y tenemos que decir, que entonces, con un real se podía comprar muchas cosas, si se le administraba bien.

Esas comidas extraordinarias que solían hacerse en las Fiestas Navideñas, tenían su inicio en la Noche Buena, donde se preparaba una buena cena familiar, comiendo las primeras carnes del pavo o de la gallina, (según el caso) asadas a las brasas de troncos de olivos o fritas con tomate y patatas. Y después de la cena, todos reunidos alre-

dedor de la "llosa" donde ardía el fuego, en el fondo de la cocina, esas cocinas amplias y espaciosas que había en todas las casas de campo, y se cantaban villancicos, que siempre empezaban las personas mayores, en un entrañable ambiente familiar.

Y el día de Navidad, por la mañana, solían ir a misa que se celebraba en algunas Ermitas rurales. El cura que oficiaba estas misas, se desplazaba desde la población, en una tartana tirada por una caballería. Esta tartana, solía ser de un vecino acomodado de la partida, que se ofrecía voluntariamente, para realizar este servicio. En caso contrario, se usaba una tartana de servicio público y los gastos de estos desplazamientos, los pagaban el colectivo de vecinos más notables de la partida.

En cambio, la Misa del Gallo, no solía celebrarse en las Ermitas rurales, pues a esas horas de la noche, resultaba más problemático traer un sacerdote de Elche, dado el deficiente estado de los caminos de entonces, y mucho más en pleno invierno.

Lo de la Noche Vieja, que ahora se celebra tanto, saliendo a cenar las familias fuera de casa, en unos locales donde se organizan bailes y saraos que duran hasta la madrugada, entonces pasaba sin pena ni gloria. Sólo se distinguía de las demás noches del año, por ser el tránsito del Año Viejo al Año Nuevo, pero no tenía connotaciones lúdicas como tiene ahora, que es la noche más movida y festiva de todo el año.

Y llegado este momento, sólo nos falta hablar de la Noche de Reyes y de los juguetes, que siempre están asociados a esta fecha. En la actualidad, alrededor de los juguetes, se ha montado una fuerte industria, que mueve muchos miles de millones de pesetas. Y el juguete, se ha convertido en un artículo de consumo diario de la población infantil, no sólo en la Noche de Reyes, sino también durante todo el año. Esto es así, hasta tal punto, que el juguete es un elemento importante en la educación de los niños, aunque algunos de estos juguetes, son muy poco didácticos y educativos, sino más bien, todo lo contrario, ya que por su estructura y su uso, incitan a los niños a la agresividad y a la violencia.

Pero debemos reconocer, al mismo tiempo, que eso no ocurre sólo con los juguetes, sino también y sobre todo, en muchas películas

que se representan en la televisión todos los días, de contenido agresivo y violento, que ejercen una gran influencia en la mentalidad infantil.

Pero esa es otra delicada cuestión, que merece comentario aparte y que queda un poco al margen del contenido de este libro.

En la actualidad, los fabricantes de juguetes, se esfuerzan al máximo, par sacar nuevos modelos de juguetes, cada día más sofisticados, y por supuesto, más caros, introduciendo en ellos elementos mecánicos que hacen que las muñecas lloren, que los coches de la policía hagan sonar las sirenas o que algunos robots se muevan y caminen como si fueran personas.

La evolución del juguete, hacia una mayor mecanización, es evidente y manifiesta y los diseñadores de los mismos, hacen gala de una imaginación desbordante, para cambiar de modelos, cado dos por tres.

La industria juguetera española, muy desarrollada, por cierto, sobre todo en algunos pueblos del norte de la provincia de Alicante, de unos años a esta parte, está encontrando una competencia creciente, en los juguetes que vienen de los países orientales, sobre todo del Japón, que exporta juguetes a todo el mundo, en cantidades industriales y a precios muy baratos y competitivos. En los juguetes está pasando lo mismo que ocurre con los automóviles y los electrodomésticos.

Cuando yo era niño, no ocurría nada de eso. Entonces, el juguete solamente se le compraba a los niños, (y no a todos, por supuesto) para la noche de Reyes, que no se celebraba con tanto boato y vistosidad como ahora. Y aquellos juguetes eran pequeños, sencillos, elementales, que no tenían ningún compuesto mecánico. La noche del cinco de Enero, antes de irnos a la cama, ilusionados y expectantes, inducidos por nuestras madres, poníamos las alpargatas, (entonces calzábamos alpargatas y no zapatos, como ahora) en la ventana de nuestro dormitorio, para que cuando pasaran los tres Reyes Magos, por delante de la casa, dejaran en ellas juguetes y regalos, que les habíamos pedido mentalmente, (entonces los niños no les escribían cartas a los Reyes Magos, como hacen ahora, por la sencilla razón de que no sabían escribir) y al despertarnos, a la mañana siguiente, abríamos la ventana para ver lo que nos habían de-

jado. Y casi todos los años, dejaban las mismas cosas: un pequeño caballo de cartón, para los niños y una pequeña muñeca de trapo para las niñas. Y con eso nos conformábamos y éramos felices, a nuestra manera, porque no se conocía otra cosa. Y ese caballo de cartón y esa muñeca de trapo, en la mayoría de los casos, los conservábamos en buen estado, durante mucho tiempo, porque no teníamos otros objetos con que jugar y entretenernos.

Y nos conformábamos, porque no había televisión que nos bombardease constantemente, un día sí y otro también, con otras variedades de juguetes más sofisticados y novedosos, y a cada uno de ellos más caros, que despiertan las apetencias de los niños, que los quieren tener todos y que al poco tiempo de poseerlos, se cansan de ellos y los abandonan y los rompen.

Eso, como otras muchas cosas, forma parte de la sociedad de consumo a ultranza, en que nos movemos en la actualidad y en la que estamos todos inmersos dentro de esa rueda y de esa espiral de gastar, comprar, tirar, para que la producción no se interrumpa, en una dinámica que nos envuelve a todos como en una tupida telaraña. Ese es el signo de los nuevos tiempos que nos ha tocado vivir, en que se quiere demasiado aprisa, como si temiéramos llegar tarde a todas partes. Pero lo cierto es que con tanto consumo y tantas prisas, la vida de las personas, cada día que pasa, se vuelve más crispante y más estresada.

A VER AL REY

Resultan muy curiosos esos fenómenos que nos suelen ocurrir algunas veces con la memoria, pues hay hechos, cosas, acontecimientos, que se nos quedan grabados en el cerebro y no se nos olvidan jamás, por muchos años que transcurran. Y en cambio, hay otros caso similares, que se nos olvidan con facilidad, al poco tiempo de haber transcurrido.

Nuestro cerebro es como un ordenador que va almacenando datos, fechas, recuerdos, superpuestos unos sobre otros. Pero en un ordenador electrónico, todas esas referencias permanecen inalterables y ordenadas, a disposición de la persona que lo maneja, y en el cerebro humano, unos recuerdos permanecen y otros se olvidan con facilidad. Y lo más curioso del caso, es que recordamos con nitidez algunas cosas que nos ocurrieron en los primeros años de nuestra vida y se nos borran de nuestra memoria otras vivencias más recientes, que apenas dejaron huella en nuestro cerebro.

Por supuesto, no todas las personas tienen la misma capacidad para recordar las vivencias personales que experimentaron y los

acontecimientos que tuvieron lugar a su alrededor, a lo largo de los años. Pero admitiendo que hay algunas personas que gozan de una memoria privilegiada, y otras son, por lo común, más olvidadizas, los que más memoria tienen son los que más la ejercitan, tratándose de personas normales, con unas facultades mentales equilibradas.

Por otra parte, no se puede decir, en modo alguno, que retengamos en la memoria un tipo de recuerdos y olvidemos los de signo contrario, como los que son tristes o son alegres. En ese aspecto, el cerebro no hace distinciones de ninguna clase.

El ejercicio de recordar, suele ser más privativo de las personas mayores, que de los jóvenes, ya que los jóvenes viven más mirando al futuro y los mayores miran al pasado. Y el pasado, se revive recordándolo, a veces con alegría, pero generalmente con tristeza y nostalgia. De todas formas, recordar es un sano ejercicio, sobre todo, recordar nuestras vivencias juveniles, que en la mayoría de los casos, son satisfactorias, pues la juventud es la época de las ilusiones.

A veces, algunas vivencias infantiles, también se nos quedan grabadas en la memoria de una manera indeleble y no olvidamos jamás. Al menos, ese fue mi caso particular, ya que yo recuerdo como si hubiera ocurrido ayer, cuando a la edad de cuatro a seis años, iba todos los días al colegio de las monjas que estaba ubicado en lo que es hoy el Complejo Cultural de San José, en el barrio del Pla.

Como yo vivía en el barrio del Raval, junto a la Plaza Mayor, para ir al colegio, tenía que cruzar el cauce de la Rambla por un sendero pedregoso, con un pronunciado desnivel, para no tener que rodear por el Puente de la Virgen, que aumentaba la distancia.

Aquel colegio infantil, regido por las monjas, era mixto y en total éramos unos cincuenta entre niños y niñas, de una edad entre dos y seis años, casi todos del barrio del Pla.

Un día nos hicieron una fotografía colectiva a toda la escolanía, incluidas las dos monjas que nos cuidaban, pues aquello, más que un colegio, en realidad era una guardería, eso que ahora se llama un parvulario.

Yo conservo aquella fotografía como oro en paño, ya que junto a mi estaba mi hermano Manuel, que tenía solamente dos años y que falleció en 1984, hace ya trece años.

Aquellas dos monjitas (cuyo nombres no recuerdo) eran muy amables y cariñosas, a los que teníamos más de cuatro años, nos enseñaban las primeras letras en el silabario y a los de menos edad, los cuidaban y los mimaban con un amor maternal y con una delicadeza infinita.

De los cincuenta niños y niñas que figuran en la fotografía, deben vivir aun un máximo de ocho o diez. Todos los demás han fallecido.

Estas monjas, estuvieron al frente del colegio durante muchos años, y cuando empezó la Guerra Civil, desaparecieron de la noche a la mañana, sin dejar rastro. Seguramente, estuvieron escondidas en el domicilio de alguna familia caritativa que les dio cobijo durante aquellos tiempos tan turbulentos y convulsos. Y cuando finalizó la contienda, aparecieron de nuevo y se pusieron otra vez al frente del colegio.

A estas monjitas, les debo el aprendizaje de mi educación más elemental, ya que ellas me enseñaron las primeras letras y a trazar sobre un cuaderno rayado, los primeros garabatos en forma de escritura, que es tanto como decir, que pusieron los cimientos sobre los que se levantó después el edificio de mi educación, que tuvo un escaso desarrollo, por cierto. Pero esa era la tónica general de aquellos tiempos, salvo raras excepciones.

Yo conservo aun un entrañable recuerdo de aquel colegio y de aquellas monjitas, que con su típica vestimenta, nos trataban a los niños y a las niñas que estábamos bajo su custodia, con sumo cuidado y delicadeza, cumpliendo una labor encomiable y meritoria de enseñanza y educación primaria, a partir de los dos años de edad.

Otra de las vivencias infantiles que recuerdo muy bien, a pesar de haber transcurrido hace setenta y cinco años, fue cuando mi madre, a la edad de seis años, me llevó a ver al Rey Alfonso XIII. Fue, concretamente el día 31 de enero de 1923, a mediodía, cuando cogiéndome de la mano me dijo: "Anémon a vore al Rei, que ve d'aqui un rato a inaugurar el canal de Riegos de Levante".

Recuerdo que estaba nublado y hacía un día gris y frío. Cuando llegamos al lugar donde se esperaba al Rey, había mucha gente esperándole a las afueras de la población, junto a la compuerta que había

a la entrada del acueducto por el que cruzaba el cauce del Vinalopó, el tercer canal de Riegos de Levante, que discurre de oeste a este, desde el término municipal de Crevillente, hasta San Juan, al otro lado de Alicante.

El Rey había llegado a Elche procedente de Alicante, sobre las once de la mañana, acompañado de los ministros de la Gobernación y de Fomento y otras personalidades de la vida política, económica y financiera.

A la altura de la calle Puentes Ortices, las autoridades locales levantaron un arco de bienvenida, por bajo del cual pasó la comitiva regia, en dirección al Ayuntamiento, donde le esperaba el Alcalde de Elche, Tomás Alonso Blasco, acompañado de toda la Corporación Municipal, el Gobernador Civil de Alicante, el Obispo de la Diócesis de Orihuela y otras personalidades de la sociedad ilicitana.

En la recepción oficial que se le ofreció al Rey en el Ayuntamiento, le fueron presentadas varias señoritas de la burguesía ilicitana y se le hizo entrega también del Título de Presidente de Honor de la Sociedad Blanco y Negro, entre otras distinciones.

Finalizada esta recepción oficial, partió toda la comitiva hacia el lugar donde tenía que inaugurar las obras del tercer canal de Riegos de Levante, a su paso por Elche, donde le esperaba mucha gente, entre los que estábamos yo y mi madre, que ya llevábamos un buen rato esperando.

La comitiva que venía acompañando al Monarca, la componían varios automóviles de color negro. El Rey venía en el primer coche y todos los demás le seguían en cortejo. Junto al Rey iban los dos ministros y en los otros automóviles el Alcalde de Elche, el Gobernador Civil de Alicante, el resto de autoridades y los de seguridad encargados de la custodia del Monarca.

Recuerdo que el Rey iba vestido de uniforme militar y caminaba a grandes zancadas, como en él era habitual, hasta tal punto que los que le acompañaban, tenían que esforzarse para poder seguirle.

Cuando bajó del coche, lo primero que hizo fue abrir la compuerta para que las aguas pudieran discurrir libremente, en dirección a Alicante. Abrió también el partidor 23 que estaba junto a la

compuerta, por el que salió las primeras aguas dulces que se regaron en el campo de Elche, distribuidas por la Real Compañía de Riegos de Levante. Estas primeras aguas, que se distribuyeron gratuitamente, se regaron en el Hort del Contaor, uno de los huertos de palmeras más emblemático del campo de Elche, que estaba situado al lado mismo de la compuerta. Desde entonces, a esta compuerta y a esta partidor se le conocían como "La Comporta del Rei y el Partior del Rei". También inspeccionó el acueducto que pasa por encima de uno de los puentes más bellos que hay en Elche. En la inspección de todas estas obras estaba acompañado por el ingeniero de Caminos, Canales y Puertos, José María Serra y Alonso del Real, que fue el proyector y director de tan magna obra, que le daba toda clase de detalles y explicaciones sobre las obras inauguradas.

También habló el Rey con algunos representantes más destacados del campesinado ilicitano, que le expresaron su gratitud por la llegada de las nuevas aguas, que tanto iban a mejorar la situación de los agricultores del campo de Elche y la agricultura ilicitana en general.

Después de estas inauguraciones, se fueron todos a la sede oficial de Riegos de Levante, donde la entidad quiso obsequiar al Monarca y a sus acompañantes con un banquete suntuoso, al que asistieron 180 comensales, entre los que se encontraba los dos Ministros antes mencionados, el Gobernador Civil de Alicante, el Obispo de Orihuela, el Alcalde de Elche, Richart Dreifus, Presidente de la Banca del mismo nombre, que había financiado estas obras, entre otras personalidades. Al finalizar la comida, que fue muy copiosa, se pronunciaron varios discursos, y en nombre del Gobierno Español habló el Ministro de Fomento, que resaltó la importancia de las obras inauguradas por el Monarca, para el conjunto de la provincia de Alicante.

Después de la comida, la comitiva regia se trasladó al término municipal de Crevillente, donde junto a la estación ferroviaria de esta población, inauguró la Central Eléctrica de Almadenes, que había construido la Compañía, para poder elevar las aguas a una altura superior a los cien metros de desnivel por el sistema de bombeo.

Después de esta inauguración, el Monarca partió hacia Alicante, sin detenerse a su paso por Elche.

Dos años después de estas fechas, el Rey volvió de nuevo al campo de Elche, para inaugurar unas obras complementarias que había construido la misma entidad, completando sus instalaciones. Pero este segundo viaje del Monarca, pasó casi desapercibido y ocasionó menos revuelto que el que se produjo cuando estuvo aquí el 31 de Enero de 1923.

Toda aquella zona, por donde discurría el tercer Canal, que actualmente forma parte del casco urbano de la población, gracias a la gran expansión urbanística que ha experimentado en los últimos años, entonces eran tierras de labor, en pleno campo. Por eso, el Tercer Canal, en todo su recorrido, discurría descubierto, hasta que penetraba en el acueducto, que estaba entubado. Después, cuando la población, con su crecimiento incesante, se fue expandiendo, como una pompa de jabón, hasta llegar y sobrepasar el cauce del canal, tuvieron que entubarlo y hoy sirve de eje de una de las avenidas más amplias que tiene la población y que va a desembocar en el Puente Atirantado de la Generalitat, que fue inaugurado en el mes de agosto de 1994. Esta amplia avenida llamada de Pedro Juan Perpiñán, en estos momentos, como vía de comunicación urbana, soporta un tráfico intenso de automóviles en uno y otro sentido. Además, ha hecho desaparecer de la vista, tanto la compuerta, como el partidor 23, que ahora se han quedado ocultos bajo tierra.

Todas las obras inauguradas por el Rey aquel 31 de Enero de 1923, como las que inauguró dos años después, en su segunda visita, fueron construidas por la Real Compañía de Riegos de Levante, para poner en regadío 39.000 hectáreas de tierras fértiles de diez términos municipales del sur de la provincia de Alicante, de las cuales aproximadamente, el 50% eran tierras del campo de Elche. Para poder atender estos nuevos regadíos, la Administración le concedió a la Compañía tres concesiones de agua, con un total de 7.700 litros por segundo, de los sobrantes de la Vega Baja del Segura. Las obras se realizaron en un plazo de tres años.

Como hemos dicho en páginas anteriores, estas obras fueron financiadas por la Banca Dreifus de París, donde la familia

Real Española, tenía depositados cuantiosos intereses. De ahí lo de Real Compañía y el que asistiera a la inauguración de estas obras, junto al Rey, un miembro de la familia Dreifus, que regentaba la mencionada entidad financiera y que viniera el propio Rey a inaugurarlas personalmente.

La inauguración oficial de estas obras y la puesta en regadío de más de 19.000 hectáreas de tierras del campo de Elche, cambiaron radicalmente, el panorama agrario ilicitano, incrementando mucho su producción y aumentando un tanto su riqueza.

Estos actos fueron culminación de un proceso de regadíos del campo de Elche, que empezó tímidamente trece años antes, en las pedanías de la Marina y el Molar por el sistema de bombeo, realizados por la Sociedad Mercantil Nuevos Riegos El Progreso, con aguas de la misma procedencia, aunque con una extensión territorial mucho más reducida y en tierras estrictamente ilicitanas.

El éxito clamoroso de El Progreso, que tuvo una resonancia nacional, fue lo que propició la creación y puesta en funcionamiento de la Real Compañía de Riegos de Levante en 1918 y la voluntad decidida de emprender esta magna obra hidráulica que inauguró el Rey aquel 31 de Enero de 1923 y cuyo 75 aniversario se cumple el próximo mes de Enero.

Todas estas obras e instalaciones, fueron transferidas a la Comunidad de Regantes del mismo nombre en Diciembre de 1976, Comunidad que fue constituida en 1942, y que sigue al frente del funcionamiento de su desarrollo normal.


PUÇOL
MUSEO ESCOLAR

JUEGOS INFANTILES

Los niños de hoy, desde su más tierna edad, tienen a su disposición, multitud de juegos infantiles con que entretenerse, juegos que la televisión ya se encarga de mostrárselos, con toda clase de detalles, para que puedan aprender su manejo y se vayan familiarizando con su uso. Estos juegos, en la mayoría de los casos, lo que pretenden es despertar la curiosidad de los niños, esa curiosidad innata que sienten por todo aquello que tenga acción y movimiento, aunque a veces, esa acción y ese movimiento, entraña un cierto riesgo de agresividad y violencia. Esto, no nos debe extrañar en absoluto, porque al fin y al cabo, los juegos infantiles, lo que hacen es reflejar la realidad y los comportamientos de las personas mayores en cada época histórica.

En cambio, los juegos infantiles de principios de siglo, eran mucho más sencillos y elementales, como sencilla y elemental era la propia vida en que se desenvolvían entonces y las costumbres que generaban estas formas de vivir las gentes de aquellos tiempos.

Existen dos grandes diferencias entre la vida de hoy y la vida de hace siete u ocho décadas. La primera diferencia es que en la

actualidad, los niños, a partir de cuatro o cinco años, están todos escolarizados, (salvo raras excepciones) en colegios públicos o privados, y por consiguiente, solo tienen unas horas al día para dedicarlas a jugar. Y antes, al no haber escuelas, los niños, hasta que tuvieran edad para poderlos emplear en una ocupación cualquiera, dedicaban al juego casi todas las horas del día.

Y la segunda diferencia, es que hoy, generalmente, las familias habitan en bloques de viviendas, con unas calles saturadas de coches y de circulación automovilística, y por lo tanto, los niños, en las horas libres, tienen que jugar en el interior de los pisos, en unos espacios muy reducidos y poco ventilados, cosa que no ocurría antes, ya que tanto en la población como en el campo de Elche, las familias vivían en casas de una sola planta y los niños jugábamos en las calles, al aire libre, calles que casi siempre estaban solidarias y tranquilas, ya que de uvas a peras, transitaba algún carro y muy pocos peatones.

Y en esas calles de pisos de tierra, era donde los niños pasábamos la mayor parte del día y practicábamos nuestros juegos infantiles, juegos que variaban muy poco de una generación a otra, en esa evolución tan lenta en que se desenvolvía el conjunto de la vida de entonces.

Los juegos que más practicábamos los niños de entonces, era el juego "de les boletes" y el juego de "la trompa". El juego de "les boletes" (canicas, generalmente, de cristal) era un juego competitivo y solían jugarlo dos o tres niños, y consistía en hacer un pequeño hoyo en el suelo, (ya hemos dicho que el piso de las calles, entonces era de tierra) y desde una distancia de dos metros, los niños, en cuclillas, ponían una canica en el suelo y haciendo arco de ballesta entre los dedos pulgar e índice, golpeaban la "boleta" en dirección al hoyo y el primero que la introducía, era el que ganaba la partida. Vamos, que aquello era como los antecedentes del golf, pero sin palos y a más corta distancia.

Lo del "joc de la trompa" (peonza), lo jugábamos los niños de una manera individual, y no competitiva, y era un juego que hacía furor entre la chiquillería de aquellos tiempos.

"La trompa" tenía que complementarse con la "llansa", que era un hilo de unos cincuenta centímetros de largo. Esta "llansa" se

iba liando a la trompa, empezando por el clavo que formaba el eje de la misma, y una vez liada la mayor parte de la "trompa" el final del hilo se ataba a los dedos centrales de la mano derecha, de tal forma que con esta misma mano, se lanzaba la "trompa" hacia el suelo, haciendo un movimiento hacia atrás, con el brazo y sin soltar el hilo. De esta manera, la peonza iniciaba en el suelo un rápido movimiento giratorio sobre su propio eje, que duraba unos dos minutos. Tan pronto la "trompa" empezaba a girar en el suelo, tratábamos que subiera sobre la palma de la mano, introduciéndose su eje entre los dedos índice y corazón, hasta que finalizase su movimiento de rotación. Cuando mejor se liaba la "llansa" y con más fuerza se lanzaba la "trompa" sobre el suelo, más tiempo duraba su movimiento giratorio y mayor era la velocidad que adquiría este movimiento giratorio. Este juego, tenía también su técnica, técnica que unos niños aprendían más pronto que otros.

"El joc de la trompa" eran tan popular en aquellos tiempos, que hasta se abrió paso en el folklore ilicitano, pues dio origen a aquella canción popular, en valenciano, que decía así: "tórnali la trompa el xic, que li costa dos quinsets, que se la comprat sa mare i son pare no sap res".

Había también, por supuesto, otros juegos, pero todos ellos eran lo mismo de sencillos y elementales, y todos se practicaban en espacios abiertos y al aire libre.

Estudiar, entonces, no se estudiaba, porque no había posibilidades para hacerlo, en la mayoría de los casos. No obstante, la época de jugar los niños era corta, ya que en la población, a partir de ocho o nueve años, se les ocupaba de "menaors" (los que movían las ruedas que se empleaban para hilar la fibra del cáñamo), de aprendices de comercio o en otros trabajos similares, con una remuneración, prácticamente nula.

Y si era en el campo de Elche, aun empezaban a trabajar más pronto, en labores auxiliares, como podían ser "pasturar las ovelles", "fer herba als conills" o "llevar la botitja" a la cuadrella d'homens qu'estaven treballant en la terra".

Y en aquellos tiempos, que el trabajar fuerte y duro, era un signo de hombría y hasta de orgullo, el decir de hombre que era un

"malfaener", y que sólo aprovechaba "per a llevar la botitja", era como un baldón y una afrenta y estaba muy mal visto.

¡Cuanto han cambiado los tiempos de entonces a hoy, no sólo en el amor al trabajo, sino también en todas las cosas de la vida!...

PUÇOL
MUSEO ESCOLAR

MAESTRO A DOMICILIO

Entre los años 1925 y 1930, en el campo de Elche, donde yo vivía y trabajaba, no había escuelas públicas ni privadas, y por consiguiente la escolarización de los chicos y las chicas que teníamos entre ocho y diez años, era completamente nula, ya que los padres, en la mayoría de los casos, ni tenían tiempo, ni conocimientos de cultura general, para enseñar a sus hijos. Por otra parte, en aquellos ambientes rurales de entonces, los cabeza de familia, se preocupaban más de que los hijos aprendieran bien a ser unos buenos profesionales de la agricultura, para que pudieran continuar con aprovechamiento la labor que ellos iban realizando día a día, a que se enseñanen matemáticas, gramática, geografía o historia, por entender que eso no les servía para nada, si al fin y al cabo, de mayores, tenían que continuar cultivando la tierra, y por consiguiente, el estudiar era una pérdida de tiempo. En realidad, estas personas mayores eran cultas, pera a su manera, ya que entendían la cultura sólo y exclusivamente, como la mejor manera de cultivar la tierra, para poder conseguir de ella, los mayores rendimientos y las mejores cosechas. Y hasta cierto punto, estaban en lo cierto,

pues cultura viene de cultivo, y cuando hablamos de cultivo, siempre lo asociamos al cultivo de la tierra. Y en ese sentido, los agricultores ilicitanos, siempre fueron consumados maestros. De ahí el que la agricultura del campo de Elche, haya sido, en todo tiempo, modélica y ejemplar, a pesar de las muchas carencias que siempre tuvo, sobre todo, en lo que a la meteorología se refiere y a la carencia de recursos hídricos, que fue una constante invariable en estas latitudes.

Por eso, al plantearse la educación de los hijos, hacían siempre los mismos razonamientos y se formulaban las mismas preguntas: estudiar ¿para qué? ¿Qué utilidad les podían reportar los estudios? Es más. En aquellos ambientes rurales, estudiar, hasta estaba mal visto, pues pensaban que los jóvenes que pretendían estudiar, querían hacerlo solamente, por eludir el trabajo. Y eso lo consideraba censurable aquella sociedad tan aliorta, que tenía una mentalidad tan obtusa, que vivía y se desarrollaba, en unos círculos tan estrechos y restringidos. Pero eso era lo que había y lo que se iba transmitiendo de padres a hijos, de generación en generación.

El campo de Elche por aquellos años, había experimentado una gran transformación, en sentido positivo, al mejorar sobremanera, su situación económica y social, debido principalmente, a la llegada de las aguas dulces elevadas por el sistema de bombeo, procedentes de los sobrantes de la Vega Baja del Segura, primero, a través de Nuevos Riegos y unos años después, por la Real Compañía de Riegos de Levante, Con la llegada de estas aguas dulces, veinte mil hectáreas de tierras del campo de Elche, habían pasado de la noche a la mañana, de árido secano a fértil regadío, incrementando, enormemente, su productividad y su riqueza. No obstante, la mentalidad de los agricultores ilicitanos, en términos generales, no evolucionó tan rápidamente, como lo había hecho la producción agraria en los años anteriores. En realidad, los agricultores ilicitanos en su conjunto, habían mejorado un tanto su situación económica, pero continuaban pensando de la misma manera, respecto a la educación de los hijos, como lo habían hecho siempre y continuaban pensando que el estudiar era "un lujo" del que pasaban, ya que con saber un poco de "cuentas", para poder averiguar el

importe de cualquier género que vendieran y saber escribir una carta para cuando se fueran a la "mili", era suficiente y bastaba. Lo demás, sobraba todo, si al fin y al cabo, tenían que seguir cultivando la tierra, como única ocupación.

Pero yo, a pesar de mis pocos años, no pensaba lo mismo y lo que trataba era de elevar mi nivel cultural, lo más posible, por todos los medios a mi alcance, que no eran muchos por cierto. Y uno de esos medios, más asequibles, era la lectura, y por lo tanto, leía todo lo que caía en mis manos, a veces incluso, libros de difícil comprensión para mi corta edad, pues trataban sobre unas materias un tanto complicadas y de difícil asimilación para mis pocos años.

Mi abuelo paterno, que también fue muy aficionado a la lectura, (cosa poco frecuente entre los agricultores ilicitanos de finales del siglo pasado) dejó muchos libros cuando murió en 1905, a la edad de 53 años, la mayor parte de ellos eran libros de contenido histórico. Estos libros los guardaba mi abuela en una caja de madera, donde también habían escrituras notariales y otros documentos antiguos y nunca los leyeron ni mi padre ni mis tíos, que pasaban de la lectura, aunque sabían leer.

Cuando yo descubrí aquel "tesoro" en forma de libros viejos, (muy bien encuadernados, por cierto y con sus gruesas tapas) empleaba mis ratos libres, leyendo y releyendo los relatos del Descubrimiento de América por Cristóbal Colón, con la llegada al Nuevo Mundo, con aquellos "indios" semidesnudos, que le esperaban en la costa y Cristóbal Colón plantando la enseña nacional en las tierras recién descubiertas, que creía que pertenecían a la costa de la India. De ahí el que llamaran "indios" a las gentes que encontraron en aquellos nuevos territorios.

Leer aquellos largos viajes marítimos, con las tres carabelas, por un mar desconocido y la llegada a aquellas tierras extrañas, después de tan larga e incierta singladura, cruzando un mar desconocido, avivaba mi imaginación infantil y me hacían sentir sensaciones extrañas y fuertes.

Y aún me resultaba más emocionante, la conquista de aquellas tierras recién descubiertas, por parte de Hernán Cortés y Francisco Pizaro, entre otros conquistadores extremeños, que con la Cruz y la

Espada, iban ganando nuevas tierras para la España de los Reyes Católicos, después de la conquista de Granada, que suponía el final de la larga Guerra de la Reconquista, que había durado la friolera de ocho siglos.

Pero las emociones más fuertes las sentía, leyendo los relatos de las batallas de la Guerras Carlistas, en donde Zumalacárregui en el norte y Cabrera en el sureste de la Península Ibérica, se batían el cobre de lo lindo, con las tropas liberales de Isabel II. Y todas aquellas luchas fratricidas las originaron la abolición de una simple norma legal, llamada Ley Sálica, para que pudiera acceder al Trono de España, la que reinaría con el nombre de Isabel II, después de la muerte de su padre, el Rey Fernando VII, de tan infausta memoria.

Algunos de aquellos viejos libros de contenido histórico, que yo heredé de mi abuelo, y que tan a gusto leí en mis años infantiles, aun los conservo como oro en paño, después de tantos años y ocupan un lugar de privilegio en mi biblioteca particular.

Mi afición desmedida por la lectura, no me la inculcó nadie y surgió en mi, desde mi más tierna infancia, como la cosa más natural del mundo. Tal vez fuera a causa de los genes que heredó de mi abuelo paterno.

Por aquellos años, por la pedanía de Algorós, donde yo vivía, iba por las casas de campo, a pie, un "maestro" enseñando las primeras letras a los chicos y las chicas de mi edad, pues como hemos dicho en páginas anteriores, no había escuelas de ninguna clase en todo el campo de Elche. Se trataba de un hombre de la población llamado Ramón Brotóns Antón, un hombre de baja estatura, que vestía una blusa larga de color gris, como era costumbre en aquellos tiempos en los hombres de la población, en contraposición a la blusa negra, más corta, que vestían los agricultores.

Ramón Brotóns Antón, no tenía el título de maestro de escuela, por supuesto, pero estaba dotado de una cultura general bastante elevada, para lo que era la media en aquellos tiempos. Y dentro de su cultura general, destacaban sus dotes literarias, ya que era un consumado autor teatral, al haber escrito un gran número de comedias y sainetes, en castellano y en valenciano, entre las que se pue-

den citar "San Patria", A la coveta", "El novio de Manolica", "El sastre que no es sastre", entre otras.

Yo requerí sus servicios didácticos y pasaba por mi casa cada dos días, a "doname lició" como se decía entonces.

Recuerdo que tenía mucha facilidad de palabra y era una persona muy comunicativa y siempre estaba hablando de sus obras teatrales y hasta me recitaba algunos pasajes de las mismas, sobre todo, de "Sin Patria", que estaba escrito en verso. También hablaba mucho de política y se le notaba con facilidad que tenía ideas izquierdistas y contrarias a la Dictadura de Primo de Rivera, que gobernaba España por aquellos años. Estas ideas del "mestre", contrastaban un tanto con los ideales políticos de las gentes del campo de Elche, que en términos generales, eran conservadores y de derechas. No obstante, este hombre era querido y respetado por todos los que le conocían, ya que realizaba una gran labor de enseñanza para los jóvenes, que tan necesitados estaban de ella.

Poco tiempo antes, habían llegado al campo de Elche, las aguas dulces elevadas por el sistema de bombeo, de los sobrantes de la Vega Baja del Segura y distribuidas por la Real Compañía de Riegos de Levante. Este hecho tan importante para la agricultura ilicitana, había generado una nueva cultura, ("la cultura del regaiu") entre las gentes campesinas y hasta habían surgido nuevas palabras y vocablos en el lenguaje coloquial, desconocidos hasta entonces, tales como "fiel, repartior, talla, turno, aforo, canal, transversal, etc.". Y era curioso como este hombre de la población, capaba, en todo su contenido, este enriquecimiento del lenguaje coloquial de los agricultores, fenómeno que a ellos mismos, les pasaba desapercibido, al no darse cuenta de este fenómeno lingüístico que se estaba produciendo entre las gentes campesinas solamente, ya que las personas de la población, que vivían al margen de la agricultura, ni las pronunciaba ni en muchos casos sabían lo que significaban y querían decir.

Aunque "el mestre" empleaba los mismos métodos de enseñanza para todos los alumnos que tenía en el campo, lógicamente, variaba el contenido de las lecciones que impartía a cada uno de ellos, en función del nivel cultural de los mismos. En mi caso parti-

cular, que estaba "un poco más adelantado" que los otros, le presentaba un escrito de redacción propio, sobre un tema que él me fijaba previamente, para que me corrigiera las faltas ortográficas que detectara. Y a veces, me dictaba de viva voz, para que escribiera delante de él, una oración un tanto complicada y confusa, como por ejemplo. "Ahí fuera hay un hombre que dice: ¡ay!" o "El hecho de echar tierra en un hoyo hondo cuando canto el gallo, ahora es más difícil que ayer", y otras expresiones por el mismo estilo. Y claro, casi siempre fallaba en algo, como era lógico y natural en un muchacho de diez años que no poseía conocimientos gramaticales.

También me hacía leer textos escritos a mano, de un libro llamado "Manuscrito" y me ponía problemas aritméticos para iniciarme en el aprendizaje de las matemáticas elementales y muy pocas cosas más.

Entonces, los "números" imponían mucho respeto en aquellos ambientes rurales. Por eso, cuando un joven se enseñaba bien a sumar, restar, multiplicar y dividir, se le miraba con admiración y en tono respetuoso, diciéndose de él "eixe ja sap les cuatre regles", como si hubiera alcanzado el máximo posible en el aprendizaje de las matemáticas.

Pero a mi, lo que más me gustaba, era que "el mestre" me hablase de sus comedias, que él hacia con mucho gusto. Incluso, me regaló algunas de ellas, que yo leía y releía muchas veces, y hasta me encariñaba con sus principales personajes. Algunas de estas obras teatrales, unos años después las vi representadas en el Teatro Llorente y en el Teatro Kursaal, por compañías de aficionados de Elche.

Hace pocos años, se publicó en Elche una antología de obras de autores ilicitanos, titulada "Nostre teatre", en la que incluían algunas obras de Ramón Brotóns Antón. Casi todas las obras incluidas en esta antología, son juguetes cómicos en lengua valenciana, de costumbres localistas.

Pero la asignatura que mejor dominaba "el Mestre", como yo le llamaba, era la gramática, con la particularidad de que le molestaba mucho que alguien escribiera con faltas de ortografía, hasta tal punto, que si al leer alguno de los muchos semanarios que se publicaban entonces en Elche, detectaba algún gazapo, (falta ortográfi-

ca), le escribía de inmediato una carta al director del periódico, señalándoselo, con el argumento de que eso constituía una ofensa para los lectores inteligentes del periódico en cuestión. En ese aspecto, eran intransigente, ya que él decía que un escrito cualquiera, aunque tuviera una redacción correcta, si contenía faltas de ortografía, desmerecía mucho.

Ramón Brotóns Antón, que también fue industrial, ya que llegó a tener una pequeña fábrica de calzado, un tiempo después, durante la época de la República, estuvo desempeñando algunos cargos en el Ayuntamiento de Elche, como funcionario, y murió en el año 1956, (dato facilitado por su nieto Ramón Brotóns, que regenta una peluquería de caballeros en la "Correora" en estos momentos.

Algunas de sus obras teatrales se han perdido, sin dejar rastro, ya que sus descendientes directos, no se preocuparon demasiado en conservarlas adecuadamente.

Unos años después, construyeron en el barrio de San José, delante del Cuartel Viejo, a dos kilómetros y medio de mi casa de campo, las Escuelas Graduadas, que fue el primer Grupo Escolar que se construyó en la ciudad de Elche.

Para entonces, yo ya me había comprado la primera bicicleta, (también se la habían comprado antes mis dos hermanos mayores), y por las noches, durante los meses de Octubre a Mayo, iba a las Graduadas, tres veces a la semana, para tomar clases nocturnas, clases que impartían los mismos maestros, fuera del horario oficial. De esa manera, se ganaban algún dinero adicional a la paga que recibían del Ministerio de Instrucción Pública, como se llamaba entonces, que era muy escasa, por cierto, hasta tal punto que cuando una persona pasaba por dificultades económicas, se decía de él: "eixe pasa mes fam qu'un mestre d'escola".

En aquellas clases nocturnas, éramos muchos chicos (las chicas no iban aun a estas clases por la noche) casi todos de la población, ya que al estar trabajando durante el día, no podían ir a la escuela en horario normal. Entonces, lo de la educación obligatoria hasta los dieciséis años, no había tomado aun carta de naturaleza en la sociedad española. Eran otros tiempos y otras circunstancias, muy distintas a las actuales.

Con algunos de aquellos chicos que compartíamos clase, en las Graduadas, por las noches entablé una estrecha amistad desde entonces, amistad que mantuvimos durante muchos años.

Estas clases nocturnas iban ensanchando, poco a poco, nuestros conocimientos más elementales, que partían de unos niveles muy bajos. Y a partir de ahí, todos a emplearse en un trabajo cualquiera, dependiendo de las circunstancias familiares de cada cual.

PUÇOL
MUSEO ESCOLAR

CUANDO APARECIERON LAS BICICLETAS

Las primeras bicicletas aparecieron por el campo de Elche, allá por los años 1924, y su introducción se produjo lentamente. Las primeras personas que las adquirieron, fueron algunos jóvenes pertenecientes a las familias más acomodadas, pues por aquellos tiempos, comprar una bicicleta era todo un lujo, (algo así como comprar hoy un "Mercedes") que no estaba al alcance de todo el mundo.

La aparición de las bicicletas, causó mucha sensación en la juventud campesina de entonces, y dio origen, al mismo tiempo, a la implantación de un nuevo "negocio": alquilarlas a los que no las tenían, cobrando una cantidad determinada por cada hora de usufructo. De esa manera, los que no las tenían, podían completar el aprendizaje de su manejo o desplazarse a cualquier lugar, empleando menos tiempo que si ese desplazamiento se realizaba a pie.

Estas bicicletas que se cedían en alquiler, solían ser bicicletas usadas, para que los desperfectos que les ocasionaran sus circunstanciales usuarios, se notasen menos. Además, los "empresarios" que se dedicaban a este "negocio", tenían que hacer una inversión menor en material.

Entre los "negocios" que se montaron aquellos años, dedicados a esta clase de servicios, recuerdo uno que había en la carretera

de Matola, en las últimas casas de la población, frente al Asilo, que tenía un letrero en la fachada que decía SERAFIN SEVILLA MORA - BICICLETAS DE ALQUILER. Aquel señor, además de alquilar bicicletas, tenía también taller de reparación y venta de accesorios. De esta manera, si la bicicleta alquilada, sufría alguna avería, él la reparaba y la dejaba de nuevo en perfecto estado de uso. Si la avería producida por la bicicleta alquilada, era producto de la torpeza o la inexperiencia del inquilino, le cobraba una cantidad adicional al precio estipulado en un principio, en función del tiempo del usufructo.

La mayoría de los "clientes" que tenía la "empresa Serafín Sevilla Mora" en lo del alquiler de las bicicletas, eran mozalbetes, que querían aprender a montar en bicicleta, y al mismo tiempo, pasearse un rato en plan de diversión, pues montar en bicicleta, para la "chiquillería" era una auténtica fiesta, muy diferentes a todos los juegos que practicaban ellos por aquellos tiempos.

Lo más frecuente era que se juntaran un grupo de dos o tres amigos de la misma edad y que entre todos pudieran reunir dos reales o una peseta. Y que con ese dinero, alquilaran una bicicleta para su uso compartido, (al alquilar solía costar unos dos reales por cada hora). De esa manera se iban turnando para montar en la bicicleta y pasearse un rato, de uno en uno, por los alrededores, hasta que calculaban que ya era hora de devolverla, por haber vencido el tiempo estipulado.

¡Cuantos mozalbetes aprendimos a montar en bicicleta por este procedimiento del alquiler! Y también ¡cuantas rozaduras sangrantes en los codos y las rodillas nos produjeron las caídas, hasta que llegábamos a dominar con soltura el manejo de aquellos vehículos de dos ruedas, que al principio parecía tan difícil, pero que con un poco de práctica resultaba sumamente fácil!

En los primeros tiempos, las bicicletas solo las montaban los hombres, pues las mujeres, como todas ellas llevaban faldas, si montaban en bicicleta, al pedalear enseñaban los muslos, y eso entonces, estaba muy mal visto y se consideraba pecaminoso.

Un tiempo después, ya empezaron a fabricar unos modelos de bicicletas con una estructura diferente y mejor acondicionada para que las mujeres no tuvieran necesidad de levantar la pierna para

subir o bajar de las mismas. A ese tipo de bicicletas, se las llamaba bicicletas de mujer. Esa circunstancia facilitó mucho las cosas, para que las mujeres usaran también las bicicletas de una manera generalizada. No obstante, el uso de las bicicletas por todas las chicas jóvenes, tuvo lugar bastantes años después de su aparición por estos campos.

Al uso de las bicicletas, como a otras muchas cosas, las mujeres siempre fueron por detrás de los hombres. Esa tendencia que estuvo vigente en los pasados tiempos, ha desaparecido en la actualidad, ya que en el día de hoy, las mujeres rayan a la misma altura que los hombres, y en algunos casos, las superan en iniciativa y en capacidad intelectual. En ese concepto de la inferioridad de la mujer, respecto al hombre, eso ya pasó a la historia y no tiene ninguna valoración científica.

¡Cuanto han cambiado las circunstancias y la mentalidad de las gentes en el transcurso de solo dos generaciones!

Ha evolucionado todo tan rápido, (desde las costumbres hasta la forma de entender la vida) que lo que está ocurriendo en estos momentos, no tiene ni el más mínimo parecido con lo que ocurría en las primeras décadas del presente siglo, en lo que a las formas de vivir se refiere. Y todos esos cambios y mutaciones, los que hemos tenido la oportunidad de conocerlo y de vivirlo, podemos apreciarlo mucho más, en todo lo que significa y representa.

En aquellos tiempos, los mozalbetes, cuando cumplían los dieciséis años, su máxima aspiración, era que sus padres les compraran una bicicleta, pues los que las tenían, estaban mejor vistos por las chicas, y eso ayudaba mucho cuando se iba en plan de conquista. Solía ocurrir lo mismo que pasa ahora con los chicos que tienen un coche deportivo descapotable último modelo, que se llevan a las chicas de calle, con la particularidad de que entonces, los chicos no se llevaban a las chicas a ninguna parte, primero, porque ellas no se dejaban llevar y segundo, porque tampoco ellos tenían el suficiente valor para pedírselo, salvo raras excepciones, que confirmaban la regla general.

Pero de todas formas, tener bicicleta ayudaba mucho cuando un chico pretendía conquistar a una chica.

Las primeras bicicletas que vinieron, llevaban la cadena a descubierto y para no ensuciarse los pantalones con la grasa que contenían, los hombres cuando subían en ellas, solían ponerse unas pinzas que recogían y aprisonaban el final de los canales sobre las partes bajas de las pantorillas. Estas pinzas, que no tenían otra utilidad, cuando se bajaban de la bicicleta, se las quitaban y las guardaban en el bolsillo, hasta que volvían a subir de nuevo y se las volvían a poner.

Pues bien, algunos chicos que aun no tenían bicicleta, pero que querían aparentar que la poseían, porque eso les prestigiaba mucho, cuando querían conquistar a una chica, se compraban unas de estas pinzas, que valían unos cuarenta céntimos, y cuando iban a un baile o a otras reuniones similares, donde habían muchachas, antes de entrar, se ponían las pinzas, como si hubieran dejado la bicicleta aparcadas a la entrada. Pero esta estrategia del disimulo y el engaño, se descubría siempre, con una cierta facilidad, y redundaba en perjuicio del que la practicaba, que era todo lo contrario de lo que se pretendía. Al fin y al cabo, no era más que una demostración palpable del "quiero y no puedo", y en definitiva, querer aparentar más de lo que se era, en realidad.

Hasta la aparición de las bicicletas, los mozos del campo de Elche, solían buscar pareja para casarse, entre las muchachas que vivían en las cercanías, pues caminando a pie, no se podía ir muy lejos. Pero al disponer de bicicleta, los chicos ampliaron mucho su radio de acción, cuando trataban de buscarse novia. A partir de entonces, el desplazarse ocho, diez o doce kilómetros, ya no era problema, porque esas distancias, se podían recorrer con más facilidad, que cuando se caminaba a pie. En ese aspecto, la bicicleta influyó mucho en el cambio de las costumbres de las gentes campesinas, que ya se movían con más facilidad que antes, de unos lugares a otros, y al mismo tiempo, se ganaba tiempo en los desplazamientos que se realizaban por gusto o por necesidad.

En la década de los años treinta, el uso de la bicicleta se había generalizado tanto en el campo de Elche, que llegaron a haber más de ocho mil, hasta tal punto, que en todas las casas había una por cada miembro de la familia con edades comprendidas entre los die-

ciséis y los sesenta y cinco años, incluidas las mujeres. Aquella eclosión y superabundancia de bicicletas, dio pie a que en la mayoría de las partidas rurales, se abrieran talleres de reparación y de venta de accesorios.

Todas estas bicicletas, estaban obligadas a censarse en el Ayuntamiento, que les facilitaba el número correspondiente, inscrito en una "chapa" metálica que se le colocaba en la parte delantera, sujetada con un precinto de alambre, para que no se pudiera cambiar de una o otra. Esta "chapa" que había que cambiar todos los años, costaba un dinero, lo cual suponía una fuente de ingreso para el Ayuntamiento.

Todos los años, había unas fechas señaladas para poner las "chapas" nuevas, y durante esos días, delante del Ayuntamiento, se hacían largas colas de gente, con sus correspondientes bicicletas, para cumplir este trámite y si ibas fuera de plazo, tenías que pagar el recargo correspondiente, por demora.

Con el transcurrir del tiempo y la consiguiente evolución de la vida, las bicicletas dieron paso, primero, a las motocicletas, de mayor o menor cilindrada y después a los automóviles, cuyo uso se ha generalizado en los últimos tiempos, no solo en el campo de Elche, sino también en todas partes. No obstante, las bicicletas, no han desaparecido del todo, pero el uso que se hace de ellas, es muy distinto al que se hacía cuando aparecieron por primera vez. Hoy, las familias que tienen una o varias bicicletas, suelen tener también uno o varios automóviles y las bicicletas las usan por gusto y por placer, pero no por necesidad de cubrir las distancias con menos tiempo, como solía ocurrir en un principio.

PUÇOL
MUSEO ESCOLAR

LO QUE VA DE AYER A HOY

Desde los tiempos más antiguos, la Humanidad vive en una continua evolución, evolución que abarca a todos los aspectos y a todas las cosas que nos rodean. Pero esa evolución permanente, siempre se acentúa más después de los grandes conflictos bélicos, donde el ingenio del hombre tiene que esforzarse mucho más, en lo que a la tecnología se refiere, para perfeccionar los medios de que dispone para poder combatir más eficazmente, a los enemigos potenciales con los que se enfrenta. Y esos avances tecnológicos que, en un principio, solo tienen aplicaciones bélicas, cuando la contienda finaliza, suelen tener también aplicaciones prácticas en la vida civil, y que pueden contribuir, en gran medida, al progreso de la humanidad.

Y eso fue siempre así, como una constante invariable, en los campos de la mecánica, de la medicina, de la cirugía, etc. Esto, visto así, se puede considerar como el lado positivo de las guerras, como una contrapartida a todo lo que tienen de negativo y pernicioso, generadoras de dolor, de trastornos y de destrucciones que siempre llevan consigo todas las guerras habidas y por haber.

Pero, de todas formas, si lo analizamos con detenimiento, llegaremos a la conclusión de que la Humanidad, sino se hubieran producido las grandes contiendas bélicas que han tenido lugar a lo largo de la Historia, seguramente hubiera evolucionado lo mismo, aunque tal vez de una manera más lenta y pausada.

La vida del hombre sobre la tierra, como la de todas las especies animales y vegetales que existen en el mundo, albergan en su interior, el germen de su propia evolución. Pero lo que suele ocurrir, generalmente, es que esa evolución natural, se estanca o se acelera más, en función de determinadas circunstancias. Y en el caso concreto del hombre, esa evolución natural, no afecta solamente a su naturaleza intrínseca, sino también a sus costumbres, a sus comportamientos, así como a la forma de entender la vida.

Esta evolución del hombre, que ha ido gestando las diferentes culturas en cada zona y en cada lugar del mundo, fueron las que dieron pie al nacimiento de las distintas civilizaciones que han existido a lo largo de la Historia, con su afloramiento, desarrollo y desaparición, en periodos de tiempo más o menos largos, y que fueron dejando una impronta y unas huellas, más o menos profundas de su paso por el escenario del mundo.

Y volviendo de nuevo a la gran influencia que han tenido las guerras en la evolución de la Humanidad, estaremos de acuerdo en que la II Gran Guerra Mundial (1939-1945) fue, sin lugar a dudas, la que dio pie a los mayores cambios y mutaciones en la vida de la Humanidad, en general y en la vida de cada uno de nosotros en particular.

Después de esta contienda, ya nada fue igual a lo que había sido hasta entonces, aunque en España, al quedarse aislada, por motivos políticos, de las corrientes evolucionistas, del conjunto de las naciones más desarrolladas, esa evolución acelerada, se notó mucho menos, al quedarse encerrada dentro de su propio caparazón, de su propio aislamiento y autarquía forzosa.

Pero con el paso de los años, primero gracias al tratado hispanoamericano suscrito en el año 1953, que rompió este aislamiento comercial y diplomático, y unos años después, en la década de los años sesenta, gracias al turismo, que tomó carta de naturaleza en nuestro país, que de la noche a la mañana, empezó a recibir una

gran cantidad de turistas, procedentes de los países más ricos y desarrollados de Europa, que venía a España en busca de sol y de buenas playas, y también porque la vida aquí era mucho más barata que en sus lugares de origen, nuestro país se fue abriendo, poco a poco, a las corrientes evolucionistas europeas, que fueron modificando por completo, en el plazo de pocos años, nuestras costumbres, nuestros gustos, y nuestros comportamientos, para sorpresa y hasta rechazo de la Iglesia Española más tradicionalista y para las gentes más conservadoras de nuestro país, que veían con malos ojos, aquella "invasión de bárbaros del norte" que venían a contaminar nuestras buenas costumbres y nuestra vida recatada, que se habían quedado un tanto ancladas en el pasado, como si todo cambio fuera, en sí, perjudicial y rechazable.

Y mientras, las autoridades gubernamentales, callaban y otorgaban, porque todas aquellas gentes advenedizas, traían divisas en sus bolsillos, divisas de las que tan necesitado estaba nuestro país, que con su autarquía, estaba viviendo un proceso de desarrollo lento y difícil, y aun seguía nadando en las aguas turbias de sus propias deficiencias y escaseces. De ahí, el que el Gobierno de entonces, viese en las divisas que dejaban aquí esos turistas europeos, la salvación de la depauperada economía española, aunque esos turistas vinieran, ellos con pantalón corto y ellas en "bikini", cuando en España aun se la consideraba la "Reserva Espiritual de Occidente", como rezaba el eslogan que puso de moda Manuel Fraga Iribarne, desde el Ministerio de Información y Turismo.

Ante aquella invasión pacífica de turistas europeos, escasos de ropa y con una mentalidad más abierta, que tomaron por asalta nuestras playas, la Iglesia protestaba, desde los púlpitos, el Gobierno callaba y otorgaba, por las razones antes expuestas y los españolitos de a pie, se pusieron a su servicio, en diferentes actividades turísticas, creando una nueva cultura y contemplando con gozo y satisfacción, la nueva panorámica de los "bikinis" que llevaban las suecas en las playas, que a los pocos años prescindieron de la pieza superior y se convirtieron en "top-less".

Cuando en la década de los años sesenta, se vieron en las playas españolas del mediterráneo, las primeras suecas y danesas, con

sus rubios y estilizados cuerpos, vistiendo solamente los diminutos "bikinis", aquello chocaba, frontalmente con las buenas costumbres de las españolas, que en los mismos lugares, iban ataviadas con trajes de baño más generosos en centímetros de tela, que cubrían la mayor parte de su anatomía. Y claro, de cara a los hombres que las contemplaba, estaban en franca desventaja, con relación a las mujeres extranjeras, que hacían de su cuerpo, un atractivo escaparate, con un desnudo casi integral.

Para las mujeres españolas, más chapadas a la antigua, aquellas suecas y danesas, que invadían nuestras playas, tan ligeras de ropa, eran como una invasión de las "Sirenas del Norte", que iban a transformar el comportamiento y la mentalidad de los españoles, sobre todo, de los más jóvenes, que vivían un tanto reprimidos sexualmente, como consecuencia de las costumbres más mogigatas de nuestro país, y más propensas a escandalizarse por los "pecados de la carne".

La Iglesia, desde los púlpitos, protestaba airadamente contra aquella "desvergüenza", que solo nos iba a ocasionar una perversión y un deterioro de nuestras buenas costumbres, y que por lo tanto, debería de prohibirse a rajatablas.

Pero estas protestas de la Iglesia, no encontraban eco en la Administración, a pesar de ser Católica, Apostólica y Romana, ni en el conjunto de la sociedad española, hasta tal punto, que el "bikini", rápidamente se generalizó entre las españolas, como traje de baño normal y corriente, como la cosa más natural del mundo.

Los primeros "bikinis" que se vieron en nuestras playas, fueron como un aldabonazo que reavivaron la libido adormecida de los "españolitos", como un ramalazo de aire fresco que soplaba del norte de los Pirineos y que barría las telarañas de la mogigatería retrógrada de nuestro país.

Y a partir de esos momentos, de todas las comarcas españolas más cercanas a los Pirineos, los fines de semana, se organizaban viajes entre grupos de amigos (todos varones por supuesto) para poder ver en los cines franceses, todas aquellas películas eróticas y pornográficas, que no se podían ver en los cines españoles, porque estaban prohibidas por la censura. No solo veían películas pornos,

sino que también compraban revistas del mismo estilo, que al regresar a sus lugares de origen, se iban pasando unos a otros para que se leyeran de tapadillo.

Durante aquellos años, los cines franceses más cercanos a los Pirineos, los fines de semana, programaban películas pornográficas, exclusivamente para los españoles, (los franceses ya no hacían caso de aquellas películas, ya que llevan viéndolas desde hacía muchos años) con la seguridad de que sus locales tenían el lleno asegurado.

Cuando en los cines de Perpiñán, estuvieron representando, durante varias semanas "El último Tango en París", aquello hizo furor, hasta tal punto, que se fletaban autobuses en España para ir a ver esta película. Lo mismo ocurrió cuando se representaron las distintas versiones de "Emmanuelle", protagonizadas por Sylvia Kristell.

Para combatir irónicamente aquella fiebre erótica de los españoles, se rodó en España la película titulada "Lo verde empieza en los Pirineos", donde un grupo de amigos, a bordo de un "Seiscientos" se fueron a Perpiñán en fin de semana, a ver películas eróticas y durante las pocas horas que estuvieron allí, salían de un cine y entraban en otro, en su afán insaciable de satisfacer su morbosa curiosidad, que tanto les reprimía. Las secuencias de aquella película, un tanto caricaturesca, eran un fiel reflejo de la situación social española de aquellos tiempos, que era tan distinta de lo que estaba ocurriendo en el resto de Europa.

En los últimos años del tardofranquismo y en los primeros tiempos de la transición política a la democracia, después de la muerte de Franco, se rodaron en España muchas películas del llamado "cine de destape", que se solían representar en las Salas X, para ponernos a la altura de Europa.

Aquellas películas estuvieron en candelario durante pocos años, ya que las gentes pronto se cansaron de este tipo de cine y perdieron todo interés para los espectadores que ya les apetecía ver otra clase de espectáculos, y por lo tanto, las Salas X tuvieron que cerrarse por falta de espectadores.

Con la aprobación de la Constitución Española, mediante referéndum, el seis de Diciembre de 1978, que trajo la plena demo-

cracia a nuestro pais y con nuestra integración de pleno derecho en la Comunidad Económica Europea en 1986, la vida social española se normalizó en todos los aspectos y sentidos, y España, por lo tanto, dejó de ser "diferente", como rezaba el eslogan español, que acuño Manuel Fraga, siendo Ministro de Información y Turismo de uno de los Gobiernos de Franco.

PUÇOL
MUSEO ESCOLAR

TIEMPO DE LECTURA

El sector del frente de Extremadura a donde fue destinado después de salir de la Escuela Popular de Guerra de Valencia, con el grado de Teniente de Infantería, estaba situado cerca de Castilblanco, una zona típicamente extremeña, con muchas encinas, como único arbolado. La tierra era basta, pobre y un tanto estéril, apta solamente para pastizales, donde proliferaban las jaras y muy poco más. Hacía mucho calor en aquellos días caniculares de finales de Agosto, y como en las cercanías no había ningún río, escaseaba mucho el agua, sobre todo, para lavar la ropa y el aseo personal de los soldados, que llevaban allí varios meses, en aquel frente estabilizado.

Como faltaban Capitanes, a los Tenientes que procedíamos de la Escuela Popular de Guerra, nos ponían al frente de una compañía, con lo que teníamos que asumir una responsabilidad superior a la que nos correspondía, con arreglo a nuestra graduación, que era ponernos al frente de una sección. Pero teníamos que aceptarlo, porque así lo disponían los mandos superiores. En la Compañía que me destinaron casi todos los componentes de la misma, eran vo-

luntarios que llevaban ya más de dos años en el frente y todos tenían más edad que yo.

Cuando llegué yo al frente, habían tantas moscas por todas partes, que los cociceros tenían que llevar mucho cuidado para evitar que cayeran en la comida, cuando estaban preparando el rancho que se les servía a los soldados, dos veces al día. También abundaban mucho las garrapatas, que eran aun más molestas y asquerosas que las moscas. Por eso no es de extrañar que con el calor, las moscas, las garrapatas y la falta de higiene, por la escasez de agua que padecíamos, surgieran algunos brotes de sarna, que se iba contagiando de unos a otros, por las favorables condiciones que se daban para que se fuera propagando por doquier, aquella enfermedad de la piel que resultaba muy molesta, aunque no entrañara ninguna gravedad para las personas que la padecían.

Yo mismo me ví afectado por aquella molesta enfermedad de la piel, como otros muchos soldados que estaban en mi compañía. Pero en mi caso particular, me afectó mucho más que a los que estaban a mi alrededor, hasta tal punto, que la sarna derivó en eccema, saliéndome una serie de ampollas blancas que se me extendieron por las manos y hasta por la cara, que se reventaban y salían otras nuevas, al cabo de unos días. No había forma de curar todos aquellos sarpullidos de la piel, con los escasos remedios sanitarios con que contaba el botiquín de la compañía, que por cierto, eran muy escasos. En vista de ello, el médico del Regimiento, me envió al Balneario de Archena, en la provincia de Murcia, para que me bañara en sus aguas sulfurosas, creyendo que esa era la mejor terapéutica para que mi piel se limpiara de aquella suciedad y recuperara su estado normal.

El Balneario de Archena, estaba militarizado, aunque también habían algunas personas civiles, "tomando las aguas", como solía decirse a los que pasaban por el Balneario en plan curativo.

Había un equipo médico, que ordenaba a cada uno de los que estábamos allí, lo que teníamos que hacer, para subsanar los achaques que padecíamos. En mi caso particular, me recetó que tenía que bañarme dos veces al día, a primera hora de la mañana y al final de la tarde.

Los baños se tomaban en unas tinas individuales que había en los sótanos del Balneario. A cada una de estas tinas, había un grifo para llenarlas, por los que fluía el agua caliente que salía directamente del propio manantial del Balneario, a una temperatura de unos treinta grados. Los baños tenían una duración de treinta minutos, aproximadamente, cada uno, aunque no eran uniformes para todos.

Los entornos del Balneario, un tanto alejados de la población de Archena, en una zona rural, eran tranquilos y relajantes, y por consiguiente, la vida allí, para los que estaban en plan curativo, resultaba un tanto monótona y aburrida. Después de los baños, pasear por los alrededores, charlar, hacer alguna partida de cartas, y muy pocas cosas más. Y ese hubiera sido mi caso también, de no haber existido en el Balneario, una biblioteca muy bien surtida de toda clase de libros, a la entera disposición de todos aquellos pacientes que permanecían allí "tomando las aguas", lo cual me produjo una enorme satisfacción, dada mi gran afición por la lectura.

Así, desde el primer día de estancia en el Balneario, por la mañana, después del desayuno y el correspondiente baño obligatorio, acudía a la biblioteca y elegía un libro entre los muchos que había y empezaba inmediatamente su lectura. Y por la tarde, una vez finalizada la misma, lo devolvía otra vez a la biblioteca.

La lectura de cada uno de estos libros, me llevaba entre ocho y doce horas de tiempo, según el número de páginas que tuviera. Pero el objetivo que me marqué, fue leer un libro cada día. De esta manera, durante las dos semanas que permanecí en el Balneario, leí catorce o quince libros, al ritmo de un libro diario.

Los libros elegidos para estas lecturas, solían versar sobre política, sobre historia, sobre sociología o eran biografías de personajes ilustres que habían desempeñado, con sus actuaciones, un importante papel en la sociedad española, en un pasado más o menos lejano. Y todos ellos, por supuesto, tenían un gran valor didáctico y cultural.

¡Lástima que mi estancia en el Balneario no se hubiera podido prolongar mucho más, ya que aquellos quince días, fueron para mí, las dos semanas más tranquilas, relajantes y satisfactorias que pasé durante la Guerra Civil. ¡Jamás, hasta entonces, había leído tantos libros en tan poco tiempo, y además, sin tener que gastarme ni una

sola peseta en su adquisición. Aquello, más que leer libros, era devorar libros, pues la lectura se había convertido en la única actividad que desarrollaba durante aquel tiempo, actividad, para mí, placentera en grado sumo.

Como mi enfermedad de la piel se había curado por completo, gracias a los baños con aquellas aguas medicinales, que tienen evidentes propiedades curativas para esta clase de afecciones, no solo de la piel, sino también de otras características, el médico del Balneario me dio el alta y tuve que regresar de nuevo, para incorporarme a mi compañía, de donde había salido dos semanas antes. Aquellos quince días fueron como un paréntesis gratificante y placentero, que no tenía nada que ver con la vida que llevábamos en el frente, repleta de incomodidades y de riesgos. Era algo así como volver a la realidad de la guerra, con todo lo que ello implicaba.

El frente seguía lo mismo de tranquilo y estabilizado como yo le dejé cuando salí para el Balneario. De la misma manera, las moscas y las garrapatas, en grandes cantidades, como siempre, continuaban campando por sus respetos, en aquellas míseras tierras extremeñas, donde las jaras y las encinas eran casi los únicos representantes del reino vegetal, en toda aquella zona.

Evidentemente, en los últimos tiempos, Extremadura, ha mejorado mucho su situación social, cultural y económica, como ha ocurrido también en el conjunto de todas las regiones españolas. Pero durante la Guerra Civil, Extremadura, en términos generales, supuraba pobreza y miseria por todos los poros de su piel, excepto algunas zonas privilegiadas, como eran la Vera y Tierras de Barro, por ejemplo. Pero tenemos que reconocer, que esto era la excepción, que confirmaba la regla general, que era muy diferente. Hoy, todo aquello ya no es ni la sombra de lo que era en aquellos tiempos lejanos de hace sesenta años.

ILUSIÓN POR ESTUDIAR

Si en estos momentos yo fuera más joven, con toda seguridad, cursaría estudios universitarios, posiblemente, alguna carrera que estuviera relacionada con las letras y las humanidades, que es lo que más me gusta.

Pero cuando tenía la edad para hacerlo, no pude cumplir mis deseos, porque entonces, los estudios superiores, solo estaban al alcance de una minoría de personas de posición privilegiada, que disponían de los medio económicos suficientes para ello y se movían en unos estratos superiores de la sociedad española. Y ciertamente, eso no era mi caso, ni mucho menos, sino todo lo contrario. De ahí el que solo pudiera adquirir unos estudios elementales y nada más.

Por eso, en plena Guerra Civil, en el otoño de 1937, estando en el frente de Guadalajara, en primera línea, como soldado raso, al haber movilizada mi quinta, (reemplazo del 37) unos meses antes, al abrirse una convocatoria para cursar estudios en la Escuela Popular de Guerra de Valencia, no lo dudé un momento y me inscribí para llevar a cabo estos estudios militares. Formalizada esta ins-

cripción, unos días después, nos llamaron del puesto de mando de la División, que estaba situado a unos cuatro kilómetros de distancia, en la retaguardia, donde nos sometieron a un examen de cultura general, no demasiado exhaustivo, por cierto. Y todos los que salimos airosos del mismo, nos extendieron un salvoconducto individual a cada uno, para que pudiéramos dirigirnos a Valencia, sin ningún inconveniente.

Los motivos que me indujeron a tomar aquella decisión, fueron dos. El primero era el que, de momento, me alejaba por un tiempo, de la primera línea de combate, y por consiguiente, me libraba, momentáneamente, del peligro que suponía estar expuesto a las balas del "enemigo", aunque por aquellos tiempos, el frente de Guadalajara, estaba estabilizado y muy tranquilo, pero esa situación podía cambiar en cualquier momento.

El segundo motivo consistía en que de aquella forma, podía estar unos meses estudiando, que era lo que más me gustaba, aunque los estudios que iba a realizar, no eran los que más me apetecían, por ser estudios militares. No obstante, yo entendía que aquellos estudios, al fin y al cabo, podían serme también de utilidad, cuando una vez terminada la guerra retornara a la vida civil, pues toda clase de estudios, hacen posible el incremento del nivel cultural de las personas que se benefician de ellos.

Yo tenía entonces veintiún años recién cumplidos, la mejor época de la vida, cuando la juventud de las personas está en su máximo esplendor, cuando florecen también en el corazón las más radiantes ilusiones, aunque en aquellos años difíciles, en que la Guerra Civil estaba en todo su apogeo, las ilusiones juveniles, en la mayoría de los casos, nacían muertas o un tanto maltrechas.

Después de estar unos días en casa, para formalizar algunos trámites, que eran obligatorios para poder ingresar en la Escuela Popular de Guerra, cogí el tren en dirección a Valencia. Eran los primeros días del mes de Enero de 1938, cuando la Batalla de Teruel estaba en pleno apogeo y no se había producido aun su desenlace final, que fue tan catastrófico para el Ejército de la República.

En aquella promoción militar, éramos unos 150 estudiantes que procedían de todos los frentes de la Zona Republicana. Todos

estos aspirantes a convertirse en oficiales, hacían un primer curso, que era común para todos, en un gran edificio, que estaba aun sin terminar de construir, en medio de una pinada, en un lugar de Porta Celi, a unos cuatro kilómetros de distancia de Bétera y a unos 40 kilómetros de Valencia. Este edificio, cuando lo terminaron, una vez finalizada la guerra, lo convirtieron en un Sanatorio Antituberculoso. Desde luego, el lugar era ideal para dedicarlo a estos menesteres. Allí se respiraba un ambiente tranquilo y saludable, en aquella zona boscosa.

El primer curso duró alrededor de dos meses de intensos estudios, hasta tal punto, que todos los días de la semana eran lectivos, excepto las tardes de los jueves, que teníamos tiempo libre. Así, pues, los jueves, después de la comida del medio día, casi todos teníamos el mismo plan: caminar a pie los cuatro kilómetros que nos separaban de Bétera y allí coger el tren de vía estrecha que nos llevaban a Valencia, donde había una amplia gama de posibilidades de diversión, que iban desde funciones de teatro y revista, hasta cabarets y clubs de alterne.

En plena juventud, con dinero en el bolsillo (nos asignaron una buena paga desde el momento de ingresar en la Escuela), y con nuestro uniforme de cadetes, Valencia se rendía a nuestros pies, para que pudiéramos divertirnos y pasarlo lo mejor posible, durante unas horas, (teníamos libertad de movimiento hasta que tocaran diana a la mañana siguiente, y ciertamente, aprovechábamos muy bien aquellas horas de asueto semanal.

Lógicamente, todos los profesores que había en la Escuela eran militares, con una graduación que iba desde Capitanes hasta Coroneles. En aquel primer curso, las asignaturas que nos enseñaban eran matemáticas, historia, geografía, física y química, en un horario de clases que iba de las ocho de la mañana hasta las ocho de la tarde, con dos horas de descanso a medio día para el almuerzo, en un plan de estudios muy severo y apretado, ya que querían que aprendiéramos muchas cosas en poco tiempo, dada la necesidad de oficiales que tenía el Ejército de la República.

Entre el alumnado, en términos generales, existía un gran compañerismo y unas cordiales relaciones personales, sobre todo, con

aquellos compañeros que teníamos entre si, mayores afinidades. En cuanto a los profesores, solían tratarnos con respeto y consideración, guardando entre unos y otros, por supuesto, las debidas distancias. Estos profesores, solían esforzarse mucho para que aprendiéramos bien las lecciones que nos daban, sobre los temas tratados cada día, y excepto en algunos pocos casos en que los alumnos mostraban evidentes síntomas de limitaciones de comprensión y de asimilación, todo marchaba bien y con normalidad, con un aprovechamiento medio de los estudios impartidos bastante alto.

La cena era a las nueve de la noche y a las diez tocaban silencio y todo el mundo a dormir, para reponer fuerzas y empezar una nueva jornada, que comenzaría a las siete de la mañana, cuando tocaban diana.

Excepto los jueves por la tarde, que como ya hemos dicho antes, teníamos libre, el resto del tiempo llevábamos una vida casi monacal, en aquel ambiente tranquilo y relajado, rodeados de pinos frondosos, que olían a bosque y primavera: estudiar, comer, dormir, sobre todo, estudiar mucho.

Cuando al cabo de dos meses, dieron por finalizado aquel primer curso común para todos, nos sometieron a un examen y en función de la puntuación obtenida, continuabas los estudios en una arma o en otra. De esta manera, un 10% de cadetes que obtenían la mayor puntuación, los destinaban a la Escuela de Intendencia, (esa era la máxima puntuación de todos, porque hacían el servicio en la retaguardia, alejados del frente de combate), un 15% que le seguía en puntuación los destinaban a la Escuela de Artillería, otro 15% a la Escuela de Transmisiones y el 60% restante, a la Escuela de Infantería.

Lógicamente, los mejores puntuados, eran todos gente universitaria, que les cogió la guerra estudiando una carrera u otra, y por consiguiente, poseían más hábito de estudio y más elevado nivel cultural. A mí y a la mayoría que teníamos una base cultural más bajo, nos destinaron a la Escuela de Infantería.

Y a algunos que nos superaron el examen y fueron suspendidos, los mandaron de nuevo a las unidades de donde procedían.

La Escuela de Infantería estaba en Paterna, a unos diez kilómetros de Valencia, concretamente, en un Cuartel que había junto a la carretera de Liria, en la periferia de la población.

En conjunto, éramos unos ochenta cadetes en aquella promoción de Infantería, que nos dividieron en tres aulas, aunque a todos nos impartían las mismas asignaturas, que constituían en táctica, estrategia, conocimiento de todo el armamento que empleaba la Infantería y el manejo más apropiado de este conjunto de armas. Para cada una de estas asignaturas, nos dieron un libro que trataba de cada una de estas materias.

El plan de estudios era tan estricto y severo como en Porta Celi, pero por las tardes, teníamos una hora libre, antes de la cena, tiempo que dedicábamos a callejear por Paterna y estar en contacto con las gentes de la calle, particularmente, con las muchachas jóvenes, que solían salir a pasear a la misma hora, que salíamos nosotros y con quienes tratábamos de entablar conversación, a las primeras de cambio. Aquellos ratos de esparcimiento, suavizaban un poco, el aislamiento en que vivíamos, sobre todo, en el tiempo que permanecimos en Porta Celi.

En esa segunda fase, los estudios estaban divididos en dos partes, con un tiempo de unos dos meses cada una de ellas. Al finalizar la primera fase, había un examen y si lo superabas, pasabas a la segunda fase. Si por el contrario, te suspendían, podías repetir el curso otra vez. Pero al segundo suspenso, te expulsaban de la Escuela. Lo mismo ocurría con la segunda fase de los estudios. De esta manera, podías duplicar el tiempo de permanencia en la Escuela, si suspendías los exámenes, pero todos teníamos mucho interés en terminar los estudios, lo antes posible, a pesar de que sabíamos que al salir de la Escuela, íbamos a parar al frente, con todo el riesgo que ello comportaba. Pero aquel plan de estudios tan severo y apretado, resultaba muy difícil de soportar.

Por aquellos meses, la aviación franquista, partiendo de sus bases de Palma de Mallorca, venía todas las noches, (y alguna noche varias veces), a bombardear el Puerto de Valencia, que era uno de los principales puertos de mar por donde entraban la mayor parte de los abastecimientos que le quedaban a la República, para recibir los abastecimientos que llegaban del exterior. De ahí el ensañamiento de la aviación franquista en bombardear este puerto mediterráneo.

Y al acercarse los aviones, sonaban las sirenas de alarma y todos nosotros, de prisa y corriendo, teníamos que abandonar la

cama y meternos en un amplio refugio que construyeron junto al cuartel. Estas alarmas solían durar entre un cuarto de hora y media hora y al pasar el peligro, sonaban otra vez las sirenas de alarma y nos íbamos a dormir de nuevo. Y así, casi todas las noches, lo que constituía un verdadero fastidio, porque nos partía el descanso por la mitad. Menos mal que éramos jóvenes y al meternos de nuevo en la cama, solíamos recuperar el sueño con una cierta facilidad. No obstante, aquellas incursiones nocturnas y los consiguientes sonidos de las sirenas de alarma, alteraba un tanto nuestro sistema nervioso, aunque era mucho peor estar en el frente y por ese trance, habíamos pasado todos antes.

Estos bombardeos del Puerto de Valencia, contemplados desde Paterna, en la obscuridad de la noche, constituían un verdadero espectáculo, ya que el resplandor de los incendios que ocasionaban las bombas incendiarias, se mezclaban con las estelas de luz ascendente hacia el cielo que los disparos de los cañones antiaéreos que lanzaban las baterías de la DECA, (Defensa contra Aeronaves), instaladas en los puntos más altos de la periferia de Valencia, que trataban de derribar los aviones, lo que resultaba muy difícil conseguirlo en la obscuridad de la noche.

Durante los meses que estuvimos allí, Paterna no sufrió ningún bombardeo de la aviación franquista, ya que aquellos entornos eran una zona eminentemente agrícola, sin ningún valor estratégico.

Nuestros estudios intensivos continuaban a buen ritmo y la guerra seguía también, aunque cada día que pasaba, se iba decantando más y más, a favor de los militares sublevados, que contaban con la ayuda inapreciable y decisiva de Italia y Alemania, hasta tal punto, que la zona republicana, había quedado fraccionada en dos partes, desde que las tropas de Franco, partiendo de Teruel reconquistado, habían llegado al Mediterráneo, en los alrededores de Vinaroz. De esta manera, Cataluña se había quedado separada de la Zona Centro Sur.

Un día, de improvisto, se presentó en la Escuela el Presidente del Gobierno, Juan Negrín, acompañado de altos mandos del Ejército. Inspeccionaron las dependencias de la Escuela durante unos momentos y se marcharon rápidamente, con todo el séquito de motorista que les acompañaban.

A partir del veinte de Julio empezaron los exámenes de la segunda fase, para los cadetes que habíamos superado la primera. Estos exámenes, duraron varios días y mientras esperábamos el resultado de los mismos, el Ejército Republicano de la Zona de Cataluña, cruzó el río Ebro al norte de Tortosa, estableciendo una cabeza de puente, en la margen derecha del río durante la noche, en una operación muy bien planificada, que tenía como objetivo enlazar con la Zona Centro. Aquello fue el comienzo de lo que se llamó la Batalla del Ebro, que duró cuatro meses y que dio pie a los combates más duros y encarnizados que se dieron a lo largo de toda la Guerra Civil Española, defendiendo palmo a palmo cada metro cuadrado de terreno y cada cota, con un derroche de valentía y de heroísmo ejemplar por parte de los dos ejércitos contendientes, que tuvieron allí un gran número de bajas.

De los ochenta cadetes que empezamos el curso, aprobamos el examen final setenta y ocho, que formábamos aquella promoción de Infantería de la Escuela Popular de Guerra de Paterna, a los cuales nos dieron la acreditación y los galones correspondientes al grado de Tenientes.

Llegado ese momento, podíamos solicitar el sector del frente donde queríamos ir destinados. Yo elegí el Frente de Extremadura, porque en aquellos momentos estaba inactivo y tranquilo.

En aquellos momentos, se cerraba una etapa de seis meses de estudios intensivos en una Escuela Militar, que habían elevado un tanto mi nivel cultural, adquiriendo unos conocimientos de los que carecía hasta entonces, aunque estuvieron orientados en una dirección que a mí no me gustaba. Pero al fin y al cabo, aquello fue una nueva experiencia personal que no olvidaré nunca.

Cuando con mi despacho de Teniente en el bolsillo y mi nuevo uniforme recién estrenado, me dirigí a Valencia, para coger el tren con dirección a mi casa, donde pasaría unos días de permiso antes de incorporarme a mi nuevo destino, pasé por delante de unas dependencias militares, y en posición de firme me saludó el centinela, la verdad fue que experimenté una sensación extraña y hasta me ruborice un poco.

Para bien o para mal, momentáneamente, mi vida había cambiado un tanto, a la edad de veintiún años, adquiriendo una nueva

responsabilidad en el Ejército de la República, que estaba atravesando por una situación difícil en aquella contienda fratricida, que dividió a los españoles en dos bandos enfrentados en una lucha sin cuartel.

PUÇOL
MUSEO ESCOLAR

MIS FRUSTRACIONES

Todas las personas sufrimos frustraciones y desengaños a lo largo de nuestra vida, en mayor y menor cantidad, pues serán muy pocos los que han podido lograr y conseguir todo lo que se propusieron y proyectaron.

Claro está, que unos somos más ambiciosos y otros más conformistas. Los primeros, los que aspiran a conseguir más cosas, de la índole que sea, será más normal que se sientan defraudados, por no poder lograr algo de lo que aspiraban conseguir. En cambio, los conformistas, los que siempre se sienten satisfechos con lo que tienen y disponen, sea poco o mucho, nunca se sentirán defraudados, aunque estos últimos sean los menos, pues lo lógico y normal, es que el hombre sienta nobles ambiciones y ansías de superación, tratando de mejorar en la medida de los posible, su situación personal, en cada momento de su vida. Aspirar a más de lo que se tiene, es una constante invariable, en la mayor parte de las personas normales.

Las frustraciones y desengaños que solemos padecer, suelen ser de índole distinta, amorosas, profesionales, económicas, etc. y

en todo caso, constituyen un trauma para las personas que las sufre, si aquello que pretendían conseguir y no lograron, les afectaba mucho, y por lo tanto, pusieron un decidido empeño en conseguirlo. Algunas frustraciones de gran calado, nos traumatizan para toda la vida y nos dejan profundas huellas en nuestro fuero interno, y hasta pueden cambiar nuestra mentalidad y nuestros comportamientos, a partir de entonces.

En mi caso particular, la gran frustración de mi juventud, fue el no haber podido estudiar una carrera universitaria, que era lo que a mí me hubiera gustado hacer. Una carrera relacionada con las letras y las humanidades, como filosofía y letras, historia, filología o periodismo, aunque en aquellos tiempos, periodismo no se estudiaba en las Universidades, como se hace ahora, en esa carrera que ahora se llama Ciencias de la Información.

En aquellos tiempos, los que escribían en los periódicos (que eran los únicos medios de información que existían), lo hacían por libre, y sin ninguna titulación académica. En aquellos tiempos, el periodismo, no lo ejercían unos profesionales titulados, como ahora, sino una serie de personas que poseían unas ciertas cualidades literarias que escribían en los medios de comunicación.

Porque a mí, lo que me gustaba en realidad desde muy joven, era escribir, (mi vocación por la literatura, siempre fue manifiesta, y hasta prioritaria en mis apetencias) como lo demuestra el hecho de que empecé a publicar algunos trabajos, en prosa y en verso, en los periódicos locales y provinciales, a la edad de diecisiete y dieciocho años, como ya lo he manifestado en repetidas ocasiones. Pero lo hacía a mi manera, sin que nadie me orientase en ese aspecto, ni que me dijera como se debe redactar un texto literario y sin que nadie me corrigiera las faltas ortográficas, ya que nunca estudié las reglas más elementales de la gramática en sus diferentes apartados. Y esas reglas gramaticales, que son tan necesarias para hablar y escribir correctamente, las fui aprendiendo poco a poco, por mi mismo, sin que nadie me enseñara las reglas más elementales del bien hablar y el escribir con soltura y corrección, reglas que en la actualidad, son asignaturas obligatorias para los escolares de primera y segunda enseñanza, que están a su entera disposición en las escuelas, desde la edad de seis años.

Esa imposibilidad de poder cursar estudios superiores, a su debido tiempo, me pesó siempre como una losa, como un pesado lastre, que he venido arrastrando desde entonces. Fue, en definitiva, mi gran frustración juvenil, que siempre he lamentado.

Y para compensar, en la medida de lo posible, esa carencia de estudios superiores que nunca tuve, y para los cuales me sentía capacitado, lo único que podía hacer (y es lo que hice en realidad) era practicar la lectura, no como hobby, sino como necesidad imperiosa, de todos los libros que caían en mis manos y podía adquirir, libros del más amplio temario posible. Y de esa manera, a partir de la edad de quince años, leía una media de tres o cuatro horas diarias, una sana costumbre que he conservado toda mi vida, hasta estos momentos, compaginando esas lecturas con mis obligaciones laborales, en el trabajo diario.

Y mis lecturas diarias, abarcaban temas tan variados como la novela, el teatro, el ensayo, la poesía, la historia, los viajes, las biografías de los personajes más destacados de España y del mundo, así como otros temas más difíciles y complicados, como son la física , la química, la astronomía y las matemáticas, que se me atragantaban mucho y me resultaban más difíciles de digerir. Claro está, que en estos temas últimos, que tenían un contenido científico, solo leía tratados elementales, que fueran más asequibles a mis escasos conocimientos en estas materias. Pero los leía todos porque sentía curiosidad por conocer sus contenidos y porque todos ellos me interesaban, aunque fuera de una manera superficial.

Y todas estas extensas lecturas continuadas, día a día, durante mucho tiempo, iban dejando unos minúsculos posos de sabiduría en mi persona, que la enriquecía culturalmente, a medida que pasaban los años. Eso era una especie de autocultivo constante, en un ejercicio autodidáctico permanente, que iba produciendo sus frutos lento, pero permanentemente.

Esas lecturas y las propias vivencias personales, han sido la única Universidad que he tenido, a lo largo de mi dilatada trayectoria vital, la que ha conformado mi propia personalidad y me ha modelado así para llegar a ser lo que he sido siempre y lo que soy en estos momentos.

Pero para hacer lo que yo he hecho, (que entiendo honestamente, que tiene un cierto mérito) hay que tener mucha fuerza de voluntad, y sobre todo, una vocación inquebrantable y una ansia infinita de superación y de autoestima, que no poseen todas las personas, ni mucho menos.

Si se poseen esas facultades, que están al alcance de todo el mundo se pueden conseguir las más altas metas y lograr los objetivos más dificiles. Todo es cuestión de intentarlo, poniendo en ello, el máximo empeño y constancia. Lo demás, vendrá por añadidura.

Pero para eso, lo primordial es tener la fuerza de voluntad suficiente y una vocación manifiesta, a prueba de dificultades y cansancios, para ir venciendo poco a poco, todos los escollos que nos salen al paso.

Pero tenemos que reconocer que esa fuerza de voluntad y esa vocación en tales magnitudes, solo las poseen una minoría de personas, que son la excepción dentro de la regla general.

No obstante, la Historia está llena de ejemplos de algunas personas que consiguieron alcanzar las más altas cimas del conocimiento humano, en sus diferentes vertientes, solo con su propio esfuerzo y sin la ayuda de nadie. Pero repetimos. Son casos aislados, que confirman la regla general.

PUIGCERCÓS MUSEU ESCOLAR

LA CULTURA CAMPESINA DE LOS PASADOS TIEMPOS

Desde los tiempos más antiguos, el campesinado ilicitano, fue generando poco a poco, una cultura propia y autóctona, cultura que se fue transmitiendo de padres a hijos a través de las generaciones.

Y cuando hablamos de esta cultura campesina, no nos estamos refiriendo solamente a la manera de cultivar la tierra, con ser esto muy importante, sino también y sobre todo, a las costumbres, las tradiciones, las fiestas, los comportamientos, las formas de relacionarse entre sí, etc.

Esta cultura campesina de los tiempos pasados, giraba alrededor de si misma, formando un compartimento estanco, con unas variables muy diferentes a la cultura de las gentes de la población, a pesar de la proximidad geográfica en que vivían y se desarrollaban estos dos colectivos humanos. Y resultaba muy curioso el constatar como estos dos colectivos tenían rasgos diferenciadores, en todos los aspectos y sentidos: usaban prendas de vestir diferentes, se alimenta-

ban con comidas distintas, habitaban en viviendas con diferentes características arquitectónicas, y hasta en el lenguaje coloquial de todos los dias, usaban unas palabras y unos vocablos que el otro colectivo no usaba nunca, e incluso, desconocía, a pesar de hablar y expresarse todos en la misma lengua: el valenciano. (En la época en que estamos hablando, todos los que vivían en el campo de Elche, habían nacido aquí, tanto ellos como sus antepasados).

Esta cultura diferenciadora del campesinado ilicitano, con el paso del tiempo, se fue difuminando poco a poco, a partir de la segunda década del presente siglo, cuando ya aparecieron medios de comunicación más rápidos, y por consiguiente, los comportamientos de unos y de otros, se fueron acercando mucho más, hasta uniformarse y fusionarse por completo, como consecuencia lógica del mayor contacto personal y colectivo.

No era lo mismo vivir en casas de campo diseminadas por las diferentes partidas rurales, que habitar en la población, pues el vivir en un lugar determinado y en circunstancias concretas, condiciona mucho y determina un tanto, el comportamiento de las gentes.

En el primer caso, los campesinos vivían más aislados y desconectados entre sí. Y en el segundo caso, las gentes de la población, al vivir más agrupadas, en un espacio geográfico muy reducido, el contacto y la comunicación entre ellos, era mayor. De ahí el que los rasgos culturales entre unos y otros, fueran diferentes, y también, por supuesto, sus comportamientos personales. Estas diferencias, se acentúan mucho más cuando el trabajo que realiza uno y otro colectivo es diferente, como ocurría en este caso.

Estos rasgos culturales del campesinado ilicitano, originaron un folklore propio, folklore que se manifestaba en un tipo de canciones (y también de refranes y adagios populares) que los agricultores cantaban cuando estaban labrando los campos, con unos arados romanos que arrastraba uno o dos caballerías, según el tipo de arado que se empleaba, ("el aladre de forcat" para una sola caballería y "el aladre de parell" para ser arrastrado por dos caballerías). Estos arados que arrastraban dos caballerías, hacían los surcos más anchos y más profundos, y por consiguiente, mayor barbecho. Y para conseguir esto, estos arados iban dotados de "unes relles i d'uns pics mes grants".

También cantaban los campesinos cuando estaba trillando en las eras, en pleno verano. Un uno y otro caso, los agricultores ilicitanos, cantaban cuando estaban realizando unos trabajos que hacían acompañados de caballerías, como el caso de labrar las tierras y trillar las mieses. Estas canciones solían hacer referencia a los trabajos agrícolas, a los amoríos juveniles, a las circunstancias meteorológicas, a las cosechas y, en definitiva, a las vivencias personales de las gentes del lugar.

Y de ese folklore campesino, formaban parte también los bailes, que eran igualmente diferentes a los que practicaban las gentes de la población de Elche y las de otras zonas rurales de los alrededores.

Hasta la tercera década del presente siglo, el baile tradicional y que más se practicaba entre la juventud campesina ilicitana, era "el ball del peu xafat". Este bailes se bailaba siempre en grupos de varias parejas y no una pareja sola y el ritmo lo marcaba la música de unos instrumentos de cuerda, que solían ser una guitarra y un guitarrón (a veces, a estos dos instrumentos musicales, se añadía una bandurria o un laúd), y entre estos músicos, siempre había uno que cantaba, cuando las circunstancias lo requerían.

Estos bailes durante el Invierno, que hacía las noches más largas, y el tiempo más frío, se celebraban en el interior de una vivienda que fuera amplia y espaciosa y su organización corría a cargo de los dueños de la vivienda, que solían tener, en la mayoría de los casos, hijas casaderas, que pretendían encontrar novio. Y desde los meses de Mayo hasta Octubre, con los días más largos y soleados, se celebraban por la tarde de los Domingos y de los días festivos, en una era o en un ensanche de camino, donde hubiera suficiente espacio, y al intemperie, hasta que anochecía. En estos casos, la organización y la convocatoria, solía correr a cargo de un grupo de mozos del lugar, que difundían este acontecimiento, para que el vecindario se enterase y acudiera, sobre todo, los chicos y las chicas, que asistían mayoritariamente.

En estas reuniones lúdicas al intemperie, los chicos y las chicas se agrupaban juntos, separados unos de otros, y estaban todos de pie, incluso, las madres de las chicas solteras, que en actitud vigilante, conversaban entre ellas, de sus cosas.

A la hora de empezar el baile, los músicos –que eran los únicos que estaban sentados–, empezaban a tocar sus instrumentos, que era como una clara invitación a la danza. En esos momentos, los chicos, que estaban separados de las chicas, cinco o seis metros de distancia, se dirigían cada uno a una chica en concreto, siempre con las mismas palabras, que sonaban como un ritual: "¿fadrina, vols ballar?". Si la chica aceptaba la invitación del chico, que era lo que solía ocurrir en la mayoría de los casos, se colocaban en el espacio intermedio que había entre los dos grupos, uno frente al otro, separados entre si, por una distancia de metro y medio aproximadamente. De la misma manera, iban colocándose todas las parejas que se formasen, sin ningún límite, las chicas todas juntas y los chicos en frente, formando otra alineación.

Cuando ya estaban todas las parejas formadas, en estas posiciones, el músico que llevaba la voz cantante, empezaba a cantar una canción folklórica y, en ese momento, las parejas empezaban el baile de "el peu xafat", que era muy sencillo, con pequeños movimientos laterales sincronizados.

Mientras bailaban, el chico y la chica de cada pareja, hablaban entre si, de cosas intranscendentes, sin prestar la más mínima atención a lo que hablaban las otras parejas que les circundaban.

Pasados unos cinco minutos después de iniciarse el baile, el músico cantante iniciaba el canto de una nueva canción, y en esos momentos, las parejas que estaban bailando, se cruzaban entre si y los chicos se colocaban en el lado donde habían estado las chicas hasta entonces y las chicas donde habían estado los chicos, y continuaban bailando como hasta entonces, durante unos cinco minutos más. A partir de entonces, el inicio de una nueva canción, significaba que finalizaba el baile. En ese momento, el chico daba las gracias a la chica y la acompañaba hasta el lugar donde estaba el grupo de la chicas.

Los músicos seguían tocando los instrumentos y al cabo de un rato, al oirse una nueva canción, era la señal que indicaba que el baile se reanudaba de nuevo. Entonces, cada chico, si sentía una cierta predilección por la muchacha que había bailado antes, la invitaba de nuevo a bailar otra vez. En el caso contrario, se

dirigía a una chica diferente, formando una nueva pareja. Y así transcurría el tiempo, hasta que anochecía y se terminaba el baile por falta de luz, y las chicas acompañadas por sus madres o hermanas mayores casadas, se marchaban a sus respectivos domicilios.

En muchas ocasiones, cuando estos bailes se organizaban en los ensanches de los caminos, por los mozos del lugar, solían estar completados por lo que se llamaba "un blanc de conill", que consistía en colgar un conejo de las patas traseras, de una percha de palo, de unos dos metros de alta, y desde una distancia de unos sesenta metros, los hombres le lanzaban piedras, pagando una cantidad determinada por cada una de estas piedras, y el que acertaba a darle al conejo, con una de estas piedras se llevaba el conejo como premio.

Lo de "el blanc de conill" era como una diversión complementaria al baile, sobre todo para los hombres, (las mujeres, más recatadas, nunca lanzaban piedras) y empezaba a media tarde, con asistencia solo de hombres, hasta que empezaba el baile, que era más tarde y empezaban a llegar las chicas acompañadas por sus madres.

En estos "blancs de conill" que tenían lugar en los ensanches de los caminos, los Domingos y días festivos por la tarde, solía asistir un "cacahuero" que montaba una "paraeta" donde vendía "torrats" y otras chucherías comestibles, para que la gente se entretuviera "rosegant", mientras hablaban de sus cosas y pasaban el rato. Este "cacahuero" solía llevar una "auqueta", que era un juego de azar consistente en un recipiente cóncavo y una bola que llevaba dibujadas unas figuras ("la bacora, el meló, la vella, etc") y un pequeño tablero donde estaban las mismas figuras, que ponía sobre la mesa. El juego consistía, en que se hacían apuestas sobre una de las figuras del tablero, a "perra gorda" la tirada. Cuando ya se habían cubierto todas las apuestas (nunca antes), el "cacahuero" hacía correr la bola por el interior del recipiente y cuando esta se paraba, la figura que quedaba boca arriba, era la que ganaba. Siempre y en todos los casos, el premio consistía en un cucurucho de "torrats", (cacahuetes, garbanzos, almendras y avellanas tostadas) equivalente al doble del valor de la apuesta.

El funcionamiento de la "auqueta", era idéntico al del llamado juego de la ruleta, que se puede ver en todos los casinos modernos que se dedican a los juegos de azar de diferentes tipos, ya sea a base de fichas o de naipes, aunque en estos casos, las apuestas son mucho más fuertes y las cantidades de dinero a perder o a ganar (sobre todo, a perder) pueden ser más elevadas y más cuantiosas.

Al juego de la "auqueta", solían jugar los hombres que no tomaban parte del baile, ya que los muchachos jóvenes, estaban más interesados en contemplar y coquetear con las muchachas, a una cierta distancia, ya que aproximarse a las mismas, resultaba más difícil, al estar, en todo momento, sometidas a la estrecha vigilancia de sus madres, que no les permitía el menor desliz.

Después de finalizados estos bailes, lo que solía ocurrir era que los chicos se organizasen en grupos de tres o cuatro y programaban una ruta que les llevarían a las casas donde habían chicas jóvenes, que no tuvieran novio, en plan de visita. A esto se le llamaba "anar a vore chiques". Estas rutas se realizaban a pie, (estamos hablando de los tiempos anteriores a la aparición de las bicicletas) y al frente del grupo, siempre se ponía el chico más decidido y que tenía más facilidad de palabra, que era el que dirigía la operación, con una estrategia que siempre era la misma.

La proximidad del grupo de visitantes a una casa, siempre era detectada por los perros, (entonces, en todas las casas de campo, había uno o varios perros, como guardianes de la finca), que avisaban a la familia, con sus ladridos, que se acercaban gentes extrañas. Cuando esto ocurría, el dueño de la casa, solía abrir la puerta principal de la vivienda, (en aquellos tiempos, no había la inseguridad y el temor que existe ahora, en estos casos), de inmediato. La "porxà" estaba a obscuras y el interior de la vivienda con muy poca luz, ya que por aquellos tiempos, en las casas de campo, se alumbraban con un candil, alimentado por aceite de oliva, que iluminaban muy poco.

Cuando el grupo de amigos llegaba a la puerta de la casa, que estaba abierta, el chico que hacía de caporal, siempre pronunciaba las mismas palabras, en forma de saludo: "Bona nit. ¿se pot pasar avant? a lo que la muchacha contestaba, un tanto ruborizada y ner-

viosa, "Avant, fadrins, paseu i preneu asiento", al mismo tiempo que les ofrecía sillas para que se sentaran. Los chicos pasaban al interior de la casa, pero antes de sentarse, se acercaban al "cantereller" y bebían un poco de agua, para relajarse y aplacar los nervios, que tenían a flor de piel, en aquellos momentos. Después se sentaban formando grupo, a una cierta distancia de la muchacha, que se sentaba frente a ellos, mientras la madre contemplaba la escena, con un gesto de satisfacción, ya que aquella visita, suponía toda un detalle de halago para su hija, que se sentía festejada de aquella manera.

Acto seguido, se iniciaba una tertulia entre la chica y los recién llegados, que casi siempre trataba del tiempo, de algún acontecimiento notable ocurrido recientemente, de las cosechas y otros temas por el estilo. A veces, la madre intervenía también en estas conversaciones, sobre todo, matizando lo que había dicho la muchacha o aportando nuevos datos sobre los temas tratados.

Estas visitas, solían durar alrededor de un cuarto de hora, y al cabo de este tiempo, los chicos se levantaban de las sillas, saludaban de nuevo y salían de la casa.

En una misma velada, el grupo de chicos, solían hacer dos o tres visitas, a otros tantos domicilios, cercanos unos a otros, donde había chicas solteras, sin novio, y siempre con el mismo ceremonial y los mismos comportamientos. Terminadas estas visitas, el grupo de amigos, continuaba comentando entre ellos lo que había dado de si la velada, hasta que se dispersaban y cada cual se marchaba a su casa, quedando en reunirse al Domingo siguiente en un lugar determinado.

Por aquellos tiempos, para poder pasar una velada alegre y distendida, además de los bailes, en las casas de campo, celebraban también unas "funciones teatrales" breves, sencillas y elementales, de tono humorístico y un tanto picantes. A estas actuaciones, les llamaban "jocs" en el lenguaje coloquial de los campesinos. Y los "actores" (solo intervenían hombres) eran vecinos del lugar que poseían unas ciertas facultades interpretativas y humorísticas. Estos "actores" según el papel que iban a interpretar, se vestían con ropas apropiadas al mismo, en una habitación aparte de la casa. Y

cuando salían al "escenario" decían con toda la seriedad del mundo: "Cavallers, va de joc", y empezaba la "función" que despertaba la hilaridad y las carcajadas de los "espectadores", que escuchaban complacidos todo lo que allí se decía. En estos casos, los mejores "actores" eran los que se mantenían más serios mientras relataban sus "papeles más cómicos". Y la verdad es que había algunos que lo hacían muy bien y con mucha gracia.

Antes de salir a "escena", el dueño de la casa, les suministraba a los "actores" una buena ración de higos secos y almendras tostadas, con el acompañamiento del "barrilet" de dos litros de vino negro de la propia cosecha, para que comieran y bebieran buenos tragos de "tintorro", con muchos grados. De esa manera, salían a "escena" relajados y con la lengua más suelta, para decir todo lo que se les ocurriera, con el fin de que los espectadores se lo pasasen lo mejor posible y se divirtieran.

El contenido de estas "funciones" siempre versaba sobre unos hechos imaginarios que ocurrían entre vecinos, que daban pie al equívoco y al chiste fácil y un poco "verde", que eran los que más hacían reír.

En cuanto a otros festejos, como en casi todas las partidas rurales del campo de Elche, tenían su propia Ermita. Todos los años en las fechas que correspondía, se celebraban festejos para honrar al Patrón de la pedanía correspondiente. Esta era una buena ocasión, para que el vecindario se reuniera, durante unas horas, delante de la Ermita, donde también se hacía bailes para los jóvenes, la víspera por la noche y la procesión por la tarde. Para esta Fiesta Patronal de las pedanías, las chicas solteras del lugar, se solían hacer un traje nuevo, que estrenaban ese día y que lucían en la procesión que se realizaba por los caminos y senderos de los alrededores de la Ermita.

En aquellos tiempos, aun no se había puesto de moda lo de los fuegos artificiales, que son en estos momentos, uno de los capítulos de gastos más elevados de las fiestas de estas características, con lo que estas fiestas tenían unos costos mínimos, costes que se sufragaban mediante unos pequeños donativos que hacía el vecindario de la partida.

Pero lo que no podían faltar en las fiestas de las Ermitas, eran "les paraetes de cacahueros" con sus correspondientes "auquetas", para que todo el vecindario pudiera comprar y consumir "torrat", durante las horas que estaban allí reunidos. También vendían refrescos, pero no bebidas alcohólicas, que tanto abundan ahora, en todos los lugares donde las gentes se reunen con cualquier motivo.

En cuanto a las fiestas que se celebraban en la población, el campesinado ilicitano asistía en contadas ocasiones. Solo solían ir al pueblo en ciertos casos, el Jueves y el Viernes Santo, El Domingo de Ramos y el Domingo de Pascua Florida, el 14 y el 15 de Agosto, a ver las representaciones del Misteri y a salir en la procesión (todas las parejas que se habían casado en los meses anteriores, salían alumbrando en la Procesión del 15 de Agosto, acompañando a la Virgen de la Asunción, vistiendo el mismo traje que se hicieron para casarse) y en muy pocas ocasiones más.

Pero en la tercera década del presente siglo, toda esa cultura campesina de los pasados tiempos, perdió toda su vigencia y dio paso a otras manifestaciones lúdicas, muy diferentes a las que habían existido hasta entonces. Primero, en los núcleos urbanos de Torrellano, El Altet, La Marina y Las Bayas y, después, en otras partidas rurales, se construyeron locales públicos, destinados a celebrar bailes, funciones de cine y otras actividades lúdicas, donde las gentes, (sobre todo los jóvenes) podían reunirse con más espacio y comodidad, a como lo habían hecho hasta entonces. Y como ya habían aparecido las bicicletas y cuyo uso se había generalizado, los chicos jóvenes, ya podían desplazarse de unas pedanías a otras, ampliando su radio de acción, de cara a buscar novia y poder conocer mayor número de muchachas solteras donde elegir, en territorios un poco más alejados de su residencia, con lo cual se les presentaban mayor cantidad de alternativas, cuando querían encontrar su media naranja.

Y en estos nuevos casinos, que se abrían al público en algunos puntos del Camp d'Elx, se olvidaron del baile "del peu xafat" que se arrinconó por antiguo y obsoleto, y se puso de moda "el ball agarrat" en que el chico y la chica bailaban con los brazos entrelazados, al son de unas músicas nuevas, que iban desde "el pasodoble" hasta la "mazurca" y "El tango", música que producía un toca-

discos o un conjunto musical de aficionados, a base de instrumentos de cuerda o de aire.

Desde el primer momento, "el ball agarrat" hizo furor entre la juventud de entonces, pues se había pasado a ello de la noche a la mañana.

La festividad de San Juan siempre estuvo asociada a la actividad agrícola en el campo de Elche, ya que en esa fecha, vencían los contratos de arrendamiento en los terrenos que se dedicaban al cultivo de los cereales. También en esas fechas, se pagaba el primer plazo correspondiente al dominio útil de las propiedades que se habían adquirido por el sistema de enfiteusis y que habían abandonado los árabes cuando fueron expulsados a finales de 1609.

Pero es que además, la noche mágica de San Juan, tenía también connotaciones rituales, asociadas con el fuego purificador, tradición que tuvo sus orígenes en los tiempos paganos, anteriores al Cristianismo. De ahí el que los mozos del campo de Elche, en la noche del 23 de Junio, encendieran hogueras en los caminos y zonas incultas, para ahuyentar a los malos espíritus y pedir la protección de San Juan para las personas y las cosechas.

Otro ritual que se llevaba a cabo en la noche mágica de San Juan, consistía en hacer unas pruebas, en las que se trataba de averiguar si los meses venideros serían secos u lluviosos, una cuestión que tenía una importancia capital para los campesinos de entonces, si tenemos en cuenta que las tierras del campo de Elche, por aquellos tiempos, eran en su inmensa mayoría, tierras de secano y que su producción dependía de que lloviese lo suficiente y a su debido tiempo. En caso contrario, las cosechas eran escasas o incluso, nulas. De ahí el interés que tenían en averiguar si llovería poco, mucho o nada en un futuro inmediato.

Se hacían pruebas de diferente tipo, pero lo más usual era la llamada "prueba de la cebolla" que consistía en partir unas cebollas por la mitad y doce hojas cóncavas de esas cebollas de igual tamaño, se colocaban sobre una superficie plana, a la intemperie, en las primeras horas de la noche, conteniendo cada una de ellas, la misma cantidad de sal común. A cada una de estas hojas de cebolla, se le asignaba un mes del año, desde Enero hasta Diciembre, puestas todas en fila. Así permanecían toda la noche y a la salida del sol del

día 24, se acercaban para ver el resultado de la prueba. Las hojas de la cebolla que tenían la sal completamente seca, el mes a que correspondía, no llovería nada. La que tenía la sal un poco húmeda, ese mes llovería algo y la que tenía la sal muy húmeda, era prueba evidente de que ese mes sería muy lluvioso.

¿El resultado de estas pruebas tenía algún fundamento científico? ?Acertaban en sus predicciones? Eso era siempre muy discutible, pero los agricultores creían en ello, como creían también en las cabañuelas, en los primeros días de Agosto, ya que eran los únicos métodos de previsión meteorológica de que disponían en aquellos tiempos.

En estos mismos métodos de previsión se basaban las personas que componían "El calendari Capuruxo", que se dictaba en Alcoy, y que preveía el tiempo durante todo el año, desglosado por semanas, concretamente por cada fase de la luna, que correspondía a un signo del Zodiaco.

Las previsiones de "El calendari Capuruxo" eran poco fiables, ya que según rezaba en su portada, las previsiones abarcaban a "los antiguos Reinos de Valencia, Murcia y Aragón", y claro está, la meteorología de Aragón es muy diferente a la de Valencia, y mucho más aun a la de Murcia. Por lo tanto, en estas previsiones, solo se hablaba de generalidades, sin concretar demasiado. No obstante, "El calendari Capuruxo" era como la Biblia para los agricultores del campo de Elche, y por consiguiente, no podía faltar en ninguna vivienda rural.

Cuando en la segunda y tercera década del presente siglo, el campo de Elche pasó de secano a regadío, las lluvias ya no fueron tan fundamentales como lo habían sido hasta entonces, y por consiguiente, los agricultores ilicitanos, ya se preocupaban menos de hacer "la prueba de la cebolla" en la noche mágica de San Juan y de las previsiones de "El calendari Capuruxo".

Y esa "cultura de la sed", que se venía arrastrando desde tiempo inmemorial, dio paso a la "cultura del regadío", que adquirió una nueva dimensión, y que se reflejaba hasta en el lenguaje coloquial del campesinado ilicitano, que se había enriquecido con la aparición de nuevos nombres y nuevos vocablos, aunque esa nueva cultura, se ha quedado también desfasada en estos momentos.

Desde el primer momento, "el ball agarrat" hizo furor entre la juventud de entonces, pues se había pasado, de la noche a la mañana, de bailar el chico y la chica, separados entre si, a una distancia de metro y medio, a bailar juntos ("agarrats") sintiendo el calor de sus cuerpos y hasta su propio aliento. Aquello fue como una auténtica revolución, que modificó por completo, las costumbres de la juventud campesina ilicitana, mientras las madres de las muchachas, añoraban con nostalgia, el hecho de haber nacido tan pronto y no haber podido gozar en su juventud, lo que estaban gozando ahora sus hijas, en cuanto a las relaciones y contactos con los chicos.

Al existir locales públicos, donde se reunían todos, los mayores y los más jóvenes, para pasar el rato y para bailar y relacionarse entre si, los chicos ya no tenían necesidad de ir a las casas de las chicas, para conocerlas y hablar con ellas, como habían hecho hasta entonces, ya que podían hacerlo con más facilidad, y además, en locales públicos, a la vista de todo el mundo. Esto facilitaba mucho las cosas, para conocerse mejor y relacionarse entre si, antes de establecer unas relaciones formales, que pudieran considerarse un noviazgo en toda regla. Y el bailar de aquella manera, que unos años antes se hubiera considerado pecaminoso, ahora se veían como la cosa más natural del mundo y nadie se escandalizaba, dando paso a una nueva cultura, en la forma de relacionarse los chicos y las chicas del campo de Elche. De esta manera, una bocanada de aire nuevo se abría paso entre la juventud campesina ilicitana, al mismo tiempo que las costumbres antiguas se iban desfasando y perdían toda su vigencia. En eso, como en otras muchas cosas, la modernidad se iba abriendo camino, al mismo tiempo que se iba arrinconando lo antiguo, de una manera irreversible, por pasado de moda.

Todo lo más característico y significativo de aquella antigua cultura campesina ilicitana, que se fue generando, poco a poco, a través de los años y las generaciones, y que en la actualidad ha perdido toda su vigencia, está guardada y a buen recaudo, en el Museo Agrícola del Pusol, que es en estos momentos, un museo de los más importantes de la Comunidad Valenciana, de estas características, para que puedan tener referencias de ella, las futuras generaciones, y que de no existir este museo, se hubiera perdido en el olvido para siempre.

CUANDO SE PROCLAMÓ LA REPÚBLICA

La Monarquía Española del Rey Alfonso XIII, empezó a cavar su propia tumba aquel 13 de Septiembre de 1923, cuando el General Primo de Rivera, dio el Golpe de Estado, instaurando una Dictadura Militar que duró casi siete años, concretamente hasta el 28 de Enero de 1930, y el Rey aceptó estos hechos sin la menor oposición, a pesar de que aquella Dictadura gobernaba España, a espaldas de los preceptos de la Constitución Española que estaba entonces en vigor.

La Dictadura de Primo de Rivera, como todas las Dictaduras, tuvo sus luces y sus sombras. Entre las primeras, hay que incluir la pacificación del Marruecos Español, que estaba inmerso en continuas luchas entre las tropas españolas desplazadas en el Protectorado, y los rebeldes marroquíes que no aceptaban la colonización española, y que aquellas luchas, suponían una sangría permanente para España. También hay que ofrecer como positivo, el restablecimiento del orden público con firmeza, en todo el territorio español, en unos tiempos muy convulsos, donde las huelgas y las manifestaciones callejeras, un tanto violentas, era el pan nuestro de cada día.

Pero en el aspecto negativo, tenemos que consignar en primer lugar, que todas estas actuaciones gubernamentales, se realizaban al margen de los preceptos constitucionales, con los partidos políticos democráticos abolidos y las libertades cívicas cercenadas.

Y el Rey Alfonso XIII, al permitir estas actuaciones, se iba desprestigiando personalmente, poco a poco, al mismo tiempo que desprestigiaba a la Monarquía en él encarnada, que recibía palos y censuras de la mayor parte de los sectores políticos nacionales, que a pesar de las muchas dificultades que tenían para expresar libremente lo que pensaban y sentían, (las principales personalidades políticas contrarias a la Dictadura, estaban desterradas o se habían exilado al extranjero) y también se habían cerrado algunos periódicos republicanos.

Así las cosas, a pesar del orden público restablecido y de la proliferación de multitud de obras públicas que realizaba la Dictadura, el General Primo de Rivera, impotente para dominar la situación, alegando motivos de salud, (en realidad, su estado de salud era precario), dimitió de su cargo de Presidente del Gobierno el 28 de Enero de 1930, exiliándose a París donde murió unos meses después.

El General Dámaso Berenguer que desempeño sus funciones de Jefe de Gobierno hasta el 12 de Febrero de 1931, en un gabinete que se llamó la "Dictablanda" y durante su mandato aumentaba el descontento de España, tanto en la sociedad civil como entre el Ejército, hasta tal punto, que el 12 de Diciembre de 1930, los Capitanes de Infantería Fermín Galán y José García Hernández, se sublevaron en Jaca, sublevación que fue sofocada a las pocas horas de producirse, siendo detenidos, juzgados en Consejo de Guerra, condenados a muerte y fusilados los mencionados Capitanes.

Aquel fracaso militar, constituyó todo un triunfo político resonante para la causa republicana, que convirtió a Fermín Galán y García Hernández en dos mártires del republicanismo y de la libertades y en un baldón para la Monarquía, que se iba desprestigiando más y más a medida que pasaban los días.

A consecuencia de esta sublevación militar de Jaca, fueron encarcelados muchos políticos republicanos, que se manifestaban abiertamente contra la Monarquía, que iba perdiendo apoyos a pasos agigantados.

Así las cosas, el 12 de Febrero de 1931, dimitió el General Dámaso Berenguer como Presidente del Gobierno Español y dos días después, el Rey, previas numerosas consultas con las principales figuras de las formaciones políticas afines a la Monarquía, dio el encargo de formar Gobierno al Almirante Aznar, un personaje mediocre (se decía de él, que no tenía ni idea de la grave situación política por la que estaba atravesando el país y la Monarquía), que era un juguete en manos del Conde de Romanones, que también formaba parte de su Gobierno, y que en realidad, era el que mandaba y disponía en las cuestiones de Estado.

A los pocos días de formar Gobierno, el Almirante Aznar convocó elecciones municipales para el Domingo 12 de Abril.

A pesar de que aquellas elecciones eran municipales, el resultado de las mismas (mayoritariamente favorables a las candidaturas que habían presentado los partidos antimonárquicos) se consideró como un plebiscito popular contra la Monarquía. Estos resultados electorales sorprendieron a los españoles de todas las tendencias políticas, y en particular, a los propios republicanos, que no esperaban un triunfo tan rotundo de sus candidaturas. Buena prueba de ello fue la frase que pronunció el propio Almirante Aznar cuando le preguntaron acerca de la posibilidad de una crisis de Gobierno, cuando dijo: "¿Que más crisis quieren ustedes que la de un país que se acuesta monárquico y se levante republicano?"

Conocido el resultado de las elecciones, el Rey convocó, con carácter de urgencia una reunión del Gobierno, para ver que decisiones se iban a tomar, a la vista de la nueva situación política. Y la opinión casi unánime de todos los miembros del Gobierno, fue que el Rey debería renunciar temporalmente, a todas sus prerrogativas reales y abandonar el país, para evitar así males mayores. En vista de lo cual, el Rey publicó un manifiesto dirigido al país, y el día trece de Abril por la noche, abandonó el Palacio Real, saliendo por carretera en dirección a Cartagena, donde embarcó en un navío de guerra español hacia Inglaterra camino del exilio.

El manifiesto que el Rey dirigió al país, decía lo siguiente: *"Las elecciones celebradas el Domingo me revelan claramente, que no tengo hoy el amor de mi pueblo. Mi conciencia me dice que*

ese desvío no será definitivo, porque procuraré siempre servir a España, puesto el único afán en el interés público hasta en las más críticas conyunturas.

Un Rey puede equivocarse, y sin duda yo erré alguna vez, pero se bien que nuestra Patria se mostró en todo momento generosa ante las culpas sin malicia.

Soy el Rey de todos los españoles, y también un español. Hallaría medios sobrados para mantener mis regias prerrogativas, en eficaz forcejeos con quienes las combatan. Pero, resueltamente, quiero apartarme de cuanto sea lanzar a un compatriota contra otro en fratricida Guerra Civil. No renuncio a ninguno de mis derechos, porque más que míos, son depósito acumulado por la Historia, de cuya custodia ha de pedirme un día cuenta rigurosa. Espero conocer la auténtica y adecuada expresión de la conciencia colectiva, y mientras hable la nación, suspendo deliberadamente el ejercicio del Poder Real, y me aparto de España, reconociéndola así como única de sus destinos.

También ahora creo cumplir el deber que me dicta mi amor a la Patria. Pido a Dios que tan hondo como yo lo sientas y cumplan los demás españoles. Alfonso XIII.

Estaba claro que el Rey Alfonso XIII, no abdicaba de sus derechos a la Corona de España y lo único que hacía en aquellos momentos, era interrumpir, provisionalmente sus funciones como Rey de los españoles, ausentándose momentáneamente del país, con la esperanza de que regresaría a reinar de nuevo, cuando las circunstancias políticas cambiasen y se lo pidieran de nuevo los españoles, esperanza que no se cumpliría, ya que no regresó en vida, puesto que murió estando exiliado en Roma en el año 1941.

Unos años después, sus restos fueron repatriados y enterrados en la cripta de los Reyes en el Monasterio del Escorial.

El día 14 por la mañana, las principales personalidades políticas del republicanismo que estaban en libertad, (otros muchos estaban detenidos), se reunieron en el domicilio madrileño de Niceto Alcalá Zamora y conformaron el núcleo primigenio del futuro Gobierno Español, proclamando por la tarde, la II República Española, que fue acogida con gran alborozo y satisfacción de la mayoría de los españoles.

La Monarquía Española se había diluido como un azucarillo en un vaso de agua, con la particularidad de que jamás se había producido en nuestro país, un cambio de régimen político tan rápido y pacífico.

En Elche, el advenimiento de la República fue recibido con la misma alegría que en el resto de España. Aquello fue una auténtica fiesta, ya que las gentes salieron a la calle contentas y alborozadas, mostrando su alegría por el vuelco que se había producido en nuestro país desde el punto de vista político.

Y la mayoría de estas personas que se manifestaron, no solo en Elche, sino también en las otras ciudades españolas, mostraban en las solapas de su chaqueta, una pequeña fotografía con la imagen de los Capitanes Fermín Galán y García Hernández, que se habían convertido en un verdadero símbolo carismático del nuevo régimen político que se acababa de implantar en el país. De la noche a la mañana, aquellas pequeñas fotografías surgieron por todas partes, con la misma facilidad que aparecen los hongos en los bosques, después de las lluvias otoñales.

Aquella República que nacía con tan buen pie, y que en un principio se la llamó la "Niña Bonita", pronto iba a tropezar con las primeras dificultades y contratiempos, que torcieron su rumbo recto y su normal desarrollo, por los extremismos de una minoría.

Pero de momento, gozaba del beneplácito de la mayoría de los españoles, que acogieron su nacimiento con eufórica satisfacción.

Volviendo a Elche, diremos que Diego Ripollo Ferrández, había dimitido como Alcalde de Elche el día nueve de Abril, es decir, tres días antes de las elecciones municipales y el día 16, dos días después de la proclamación de la República, se formó una Corporación Municipal, con carácter provisional, presidida por Manuel Rodríguez Martínez, que solo estuvo al frente del Ayuntamiento durante cinco días, ya que el día 21, se formó, por consenso, de todas las fuerzas políticas de izquierdas que habían tomado parte en las recientes elecciones, una Corporación Municipal más estable presidida por Pascual Román Antón, (el Tío Pascualet el del Molí) Presidente de la Agrupación Socialista de Elche. Este primer Ayuntamiento de Elche, de la época republicana, estaba compuesto de la manera siguiente:

Alcalde: Pascual Román Antón.
1r. Teniente de Alcalde: Manuel Lucerga Sánchez
2º Teniente de Alcalde: Juan Hernández Rizo
3r. Teniente de Alcalde: Juan Brufal Miralles
4º Teniente de Alcalde: Manuel Rodríguez Martínez
5º Teniente de Alcalde: Joaquín Salvador Rabasa
6º Teniente de Alcalde: Manuel Serrano Orts
7º Teniente de Alcalde: Antonio Agulló Soler
1r. Regidor Síndico: Rafael Erades Coquillat
2º Regidor Síndico: Francisco García Alberola
Regidores: Manuel Coves Pomares
Pedro Maciá Antón
Juan Pérez Soto
Jerónimo Soler Ruiz
Manuel Serrano Tremiño
José Fluxá Pomares
Juan Sansano Ibarra
Tomás García Ruiz
Antonio Ripoll Javaloyes
Antonio Rodríguez Giménez
Carlos Brotóns Torres
Antonio Serrano Ruiz
Serafín Esclapez Blasco
José Serrano Campello
José Guilló Boix
Vicente Maciá Antón
Juan Bautista Juan Vera
Valentín Boix Cerdá

La nueva Corporación Municipal en su primer pleno, entre otras cosas, tomó el acuerdo de que la Corporación Municipal se reuniría en sesión plenaria una vez a la semana, concretamente todos los miércoles a las seis y media de la tarde.

También se tomó el acuerdo de nombrar Alcaldes Pedáneos en todas las partidas rurales, a propuesta de los vecinos de las pedanías correspondientes.

También se acordó por unanimidad, coadyuvar oficialmente, a la celebración de la Fiesta del Trabajo del primero de Mayo.

Cuatro componentes de la Corporación Municipal presidida por Pascual Román Antón, llegaron a ser después Alcaldes de Elche (y algunos de ellos en varias ocasiones). Lo fue Manuel Lucerga Sánchez, Manuel Rodríguez Martínez (dos veces), Juan Hernández Rizo (dos veces) y Francisco García Alberola (6 veces).

Como un dato curioso diremos que cuando se formó el primer Ayuntamiento republicano, habían depositadas en efectivo, en las Arcas Municipales, un total de 30.000 pesetas, aproximadamente, y unas 50.000 pesetas en facturas pendientes de pago, es decir, que como siempre, el estado de las cuentas del Ayuntamiento, estaba en saldo rojo.

En toda España en general y en Elche en particular, la Fiesta del Trabajo del primero de Mayo, se celebró con manifestaciones multitudinarias y sin ningún tipo de incidentes. Recuerdo que en Elche, se celebró esta festividad con una gran manifestación de gentes trabajadoras, y que a mitad de la manifestación iba una fila de trece hombres jóvenes que llevaban, cada uno de ellos una letra en el pecho, formando un letrero que decía VIVA EL 1º DE MAYO.

En estas celebraciones tomaron parte también las tres masas corales que había entonces en Elche: el "Coro Clavé", el "Orfeón Ilicitano" y el "Popular Coro Clavé así como la Banda Municipal de Música.

Por la tarde, se celebró en el Campo de Altabix un partido de fútbol entre el Elche C.F. y la Selección Obrera, y por la noche, hubo funciones teatrales en las salas del Teatro Llorente y la del Teatro Kursaal, que representaron sendas comedias.

Las distintas Corporaciones Municipales que se formaron a partir de aquel 16 de Abril de 1931, tenían una tendencia anticlerical, aunque respetaban las representaciones del "Misteri", hasta que empezó la eclosión incendiaria de Febrero del año 36, después de las Elecciones Generales, que ganaron el llamado Frente Popular.

Por eso, cuando el cura de Santa María invitó a la Corporación Municipal a la misa del día 14 y a la Procesión del día 15 de Agosto de 1931, en la sesión plenaria del día 12 de Agosto, se acordó agradecer la invitación, pero no asistir ni a la misa ni a la procesión.

PUÇOL
MUSEO ESCOLAR

AFICIÓN A LA LITERATURA

La afición a escribir empecé a sentirla muy pronto, ya que los primeros trabajos literarios, tanto en prosa como en verso, los publiqué en los semanarios locales y provinciales, a la edad de diecisiete años. En aquellos años de 1932 y 34, cuando en España gobernaba la II República, dentro de la más amplia libertad de expresión que había en aquellos tiempos, se publicaban muchos periódicos y revistas de todas las ideologías y tendencias, en las que cualquier persona podía colaborar, con tal de que tuviera una cierta facilidad de redacción y unas mínimas cualidades literarias. Por lo tanto, a pesar de que por aquellos tiempos, el nivel cultural medio de los españoles era mucho más bajo de lo que es en estos momentos, había mucha gente que publicaba "cosas" en los periódicos, como simples colaboradores aficionados, con escasas pretensiones literarias, pues lo hacían por simple gusto y afición.

Por aquellos años, uno de los semanarios locales más leídos entre los que se publicaban en Elche, era EL ILICITANO. Y entre la prensa que se publicaba en la capital de la provincia, el semanario EL TÍO CUC, publicado en papel verde y escrito en valenciano,

con un estilo satírico y festivo, con abundantes ilustraciones y dibujos un tanto atrevidas y hasta descaradas, era muy leído también en toda la provincia en general, y en particular en el campo de Elche y otras zonas rurales.

EL TÍO CUC, que se presentaba como un personaje socarrón que no tenía pelos en la lengua y estaba siempre dispuesto a cantarle las verdades al Lucero del Alba y sacarle la piel a tiras a todo quisque, si había motivo para ello, se presentaba a los lectores como "Diputat a Cors per el Rebolledo, defensor de la chusma i de la gent de tró" se hacía eco todos los sábados, que era el día que se publicaba, de las críticas y las censuras contra todo bicho viviente, si tenía unos comportamientos que chocaran con la ética y la moralidad objetiva. (En este punto tenemos que manifestar que EL TÍO CUC era muy poco respetuoso con la Iglesia, como Institución, y con sus servidores directos, siguiendo una tónica muy generalizada de anticlericalismo del Régimen Republicano).

Pues bien. En aquellos semanarios, uno local y otro provincial, hice yo mis primeros "pinitos literarios", a tan corta edad, con la particularidad de que aun conservo, como oro en paño, algunos de aquellos periódicos que se publicaron hace más de sesenta años, que valían solo diez céntimos y que se están descomponiendo de puro viejos, por la acción del tiempo, donde yo empecé a publicar mis primeros trabajos. Y he de confesar con un cierto rubor, que cuando yo vi mi nombre, por primera vez en letra impresa, al pie de un escrito mío, me causó tanta satisfacción y alegría, como si un tiempo después me hubieran concedido el Premio Nobel de Literatura, ya que por aquellos tiempos y en los ámbitos y circunstancias en que yo me movía, escribir en los periódicos era todo una proeza, que estaba al alcance de muy pocas personas, y más aún siendo tan joven como lo era yo entonces.

La cuestión fue que lo que en un principio tenía el carácter de probatura, para ver si se aceptaban y publicaban mis primeros escritos en estos dos periódicos, al cabo de un tiempo, se convirtió en una colaboración asidua, particularmente, en el semanario provincial, hasta tal punto que escribía casi todas las semanas durante varios años.

En EL ILICITANO, colaboraba esporádicamente, hablando de fiestas y de otros acontecimientos ocurridos en la población y en el TÍO CUC con más frecuencia, sobre temas relacionados con las gentes campesinas, particularmente sobre la juventud y sus problemas del vivir de cada día y la manera de relacionarse entre si las chicas y los chicos.

Mis maestros de aquellos tiempos, en el arte de escribir fueron EL MESTRE CANALETES (José Canals Giménez, que iba de casa en casa enseñando las primeras letras a los chicos y chicas campesinas, trabajo que realizó durante más de cincuenta años ininterrumpidos) y Martín Pomares, ambos residentes en Las Bayas y que tenían a la sazón unos cuarenta años de edad. Tanto uno como el otro, colaboraban asiduamente en el TÍO CUC. Yo lo único que hice fue seguir sus trayectorias y caminar, con pasos un tanto inciertos, por la senda que ellos habían abierto, en mi calidad de aprendiz de escrito, dados mis pocos años a la sazón.

Pero lo cierto es que entre unos y otros, todas las semanas se publicaban en EL TÍO CUC escritos sobre el campo de Elche. De ahí el que se leyera tanto este semanario en todas las pedanías ilicitanas, más incluso que en la propia población.

Como algunos de estos escritos tenían un cierto tinte de crítica y mordacidad, solían dar pie a disgustos y desavenencias entre sus autores y las personas a que iban dirigidos, pero en la mayoría de los casos, no pasaban de ser meras bromas y sátiras sin la menor trascendencia ni relevancia, que solo producían hilaridad, que se acogían con desenfado y buen humor.

Se daban también casos en que algunos de estos escritos iban firmados por un seudónimo y las personas afectadas, si se sentían molestas por lo que se decía en los mismos, incluso llegaban a ir a Alicante y se personaban en la redacción del semanario, para averiguar la identidad de sus autores, (cuando esto ocurría, para que se publicara el escrito, el seudónimo tenía que ir acompañado de las señas completas del autor), identidad que el director del periódico, siempre se negaba a facilitar a los demandantes, amparándose en el secreto profesional. Claro está que si algunos de estos escritos contenían claras ofensas personales y afectaban a la honorabilidad de

alguna persona en concreto, el escrito no se publicaba y lo tiraban a la papelera, sin remisión, pues a pesar de que amparándose en la libertad de expresión, se permitían ciertas alegrías y desenfados, existían también una ciertas reglas deontológicas, que se respetaban en todo momento.

Y así continuaron las cosas hasta el día 18 de Julio de 1936, cuando dio comienzo la Guerra Civil Española. En aquellos momentos, la vida de todos los españoles, sufrió una conmoción brutal y traumática que rompió todos los esquemas que habían prevalecido hasta entonces, ya que España entera ardió como una hoguera que nos abrasó a todos en mayor o menor medida y todos nos vimos envueltos en un clima de enfrentamiento y de odio, como no se había conocido nunca hasta entonces, aunque la mayoría de las gentes no habíamos tenido ni arte ni parte en la gestión y desarrollo de aquel conflicto fratricida que generó tantas barbaridades, muertes y dolor, entre las dos partes enfrentadas en una guerra sin cuartel que fue uno de los borrones más ominosos de la historia española moderna y que debió evitarse a toda costa.

Y cuando después de casi tres años de conflicto despiadado, llegó la paz, el bando vencedor en la contienda, implantó una férrea Dictadura, que eliminó todas las libertades cívicas, entre las que se encontraba la libertad de expresión, ya que todos los medios de comunicación (emisoras de radio y periódicos) todo lo que se les permitía publicar, estaba al servicio del poder establecido, mediante el filtro de la más severa censura. De esta manera, solo se publicaban en los periódicos escritos laudatorios para el Régimen Político imperante y por las personas afectas al mismo. Esto fue así hasta 1976, cuando se inició la transición a la democracia, después de la muerte del General Franco, que estuvo 40 años al frente de la gobernación del Estado Español. A partir de esos momentos, se empezaron a recuperar, poco a poco, las libertades perdidas durante tanto tiempo y empecé de nuevo a publicar "cosas" en periódicos y revistas, después de cuatro décadas de obligado silencio. Y a partir del mes de Octubre de 1980, comencé a publicar libros, de diferente contenido, en una actividad literaria ininterrumpida y continuada, hasta tal punto que al día de hoy, a mediados del mes de Agosto de 1997, llevo publicado en diferentes medios de comunicación, unos mil artículos y treinta y cinco libros, en un plazo de diecisiete años.

LAS MISERIAS DE LA GUERRA

El novelista alemán Erich María Remarque, que tomó parte siendo muy joven, en la Primera Guerra Mundial, como soldado raso, en el ejército de su país, cuando terminó la contienda publicó entre otros libros, su novela "Sin novedad en el frente", que causó mucho impacto en todo el mundo. En esa novela, no describe las grandes batallas que se libraron entre los ejércitos alemanes y los de los aliados, si no que describe los pequeños detalles de la vida diaria de los soldados alemanes que luchaban, en una guerra de trinchera, en territorio francés, en que las tropas apenas se movían y se veían forzadas a permanecer mucho días pegados al terreno, sin apenas moverse y en unas condiciones higiénicas muy deplorables, hasta tal punto, que no podían ni lavarse la ropa.

En aquellos relatos, vividos personalmente, se describen las pequeñas vicisitudes de los soldados alemanes que estaban en un frente estabilizado, metidos en unas trincheras sucias y malolientes, donde vivían hacinados como topos en sus madrigueras.

A las incomodidades de este hacimiento de los soldados en las trincheras, se unía la desazón y el malestar que les ocasionaban, con sus picaduras, la gran cantidad de garrapatas y de piojos que proliferaban por todas partes, y que les resultaba muy difícil de combatir, porque no disponían de los insecticidas apropiados para ello.

Estos pequeños problemas que les producían los parásitos, que con todos los peligros y riesgos que entrañaba la guerra para los combatientes, que estaban luchando en la primera línea de combate, debería parecer una cosa nimia y baladí, no dejaba de tener una cierta trascendencia, porque constituían un motivo añadido de malestar en sus vidas tan difíciles y complicadas, en aquellas circunstancias extremas en que se estaban jugando la vida a cada momento, incluso, lo consideraban tan grave y complicado como las largas marchas, cargados con armas y bagajes y la irregularidad en las comidas y el no poder dormir suficientemente por las noches, que tanto trastornos ocasionan en el funcionamiento normal del organismo humano.

Sobre todo, lo de la superabundancia de piojos que había y recogían sus ropas que vestían, les resultaba tan molesto, que no había forma de poder combatirlos con eficacia, para librarse de aquella pesadilla, que tanto les molestaba. Todo esto continuó así, hasta que un día un soldado tuvo una idea luminosa, que si bien no eliminaba el problema del todo, por lo menos, lo solucionaba en parte, y además tenía derivaciones beneficiosas, sin tener que verse forzados a aplastar a los dichos bichos, que resultaba un tanto asqueroso y desagradable.

El remedio consistía en poner al fuego un recipiente con agua y cuando esta empezaba a hervir, el grupo de soldados que se reunían a su alrededor, pacíficamente buscaban todos los piojos que pudieran encontrar entre sus ropas y los ponían en el agua hirviendo, donde se desintegraban por el calor. De esta manera, además de eliminar, en gran medida, esta molesta plaga de parásitos, que son tan propensos a buscar el calor humano, para desarrollarse y reproducirse, con el aceitoso líquido obtenido con este hervido, engrasaban sus botas y los correajes de todos ellos, para que estuvieran más suaves y flexibles. Con esta medida tan fácil y barata, cumplían un

doble objetivo: combatir los molestos insectos y proporcionarse un líquido grasiento, del que carecían en el frente, para que se conservasen mejor todos los objetos de cuero de sus equipajes personales.

Cuando yo, siendo un muchacho aun, lei esta novela, lo primero que pensé fue que estas narraciones eran exageraciones del novelista, en lo que se refiere a la gran abundancia de piojos que había entre los soldados alemanes que estaban hacinados en las trincheras.

Pero unos años después, tuve la desgracia de padecer una experiencia parecida, en mis propias carnes. Fue en el mes de Diciembre de 1937, durante la Guerra Civil Española, estando yo en el frente de Guadalajara, que se mantenía inactivo desde la Primavera anterior, cuanto tuvo lugar el ataque fallido de las tropas italianas que intentaban completar el cerco de Madrid. Cuando los italianos fueron frenados en su intentona de avance, las unidades de zapadores del Ejército Republicano, excavaron un sistema de trincheras, formando una línea quebrada como establecen los cánones de táctica militar, y de trecho en trecho, construyeron unas "chabolas", con techumbre de ramas y tierra, con capacidad para albergar una escuadra, (cinco soldados y un cabo), y cuyas puertas daban a la misma trinchera, que desempeñaba el papel de vía de comunicación protegida entre las diferentes escuadras y el puesto de mando de la compañía, donde estaba el Capitán.

Todas estas "chabolas", desde que se construyeron, estuvieron siempre ocupadas por soldados, que dormían apretujados sobre un lecho de brozas y ramas de matuscos, en el mismo lugar. En aquellos días, de Diciembre, hacía mucho frío y había mucha humedad en las trincheras y en las "chabolas" ya que cuando llovía abundantemente, (como suele ser normal en aquella zona de La Alcarria durante los Inviernos), todo se llenaba de agua y de barro, que aumentaba más aun la sensación de frío que sentíamos los que permanecíamos allí.

Y con la llegada de la humedad y del frío, de la noche a la mañana, como por arte de magia, apareció una plaga de piojos que lo invadió todo, y se cebaron con nosotros de una manera inmisericorde.

Para poder combatir mejor el mucho frío que hacia, llevábamos bastante ropa encima, con lo cual, los piojos tenían mayores posibilidades de escondite, sobre todo en los jerseys de lana, que eran sus refugios preferidos y donde se ocultaban mejor.

Cuando llevábamos puesto un jersey de lana, dos días seguidos, no había forma de limpiarlos de tan gran cantidad de parásitos como habia, y que tenían en nosotros un suculento medio de alimentarse, chupando nuestra sangre, sangre joven y pletórica de vida de unos muchachos que tenían entre dieciocho y veintidós años. Aquello, para los parásitos, era un auténtico festín, pero para nosotros, era una verdadera desesperación, por las molestias que nos ocasionaban.

En esos casos, lo que solíamos hacer, era sacarnos el jersey por la noche y ponerlo a la intemperie, sobre la techumbre de la "chabola". Y el dia siguiente, a primera hora, cuando la tierra blanqueaba de escarcha, como si hubiera nevado, el jersey estaba rígido, como si fuera de cartón. Y todos los piojos que contenía, se habían quedado inmóviles y negruzcos por el frío que les paralizaba. Pero esa inmovilidad, era momentánea y transitoria, ya que al subir la temperatura, cuando avanzaba el día, recuperaban su movilidad normal y su color natural, como si nada hubiera ocurrido. El frío, de momento, les había paralizado y cambiado de color, pero no les habia quitado la vida, lo que nos demostraba que esta clase de "bichitos" que tanto abundaban en aquellas tierras, son muy resistentes y se adaptan a cualquier circunstancia climática, aunque se desarrollan mejor en las temperaturas altas.

Lo mejor que podíamos hacer para limpiar el jersey infectado, en estos casos, era someterlo a un baño de agua hirviendo, durante varios minutos. Pero en las condiciones en que nos encontrábamos en las trincheras, no siempre teníamos la oportunidad y los medios apropiados para poder hacer esta sencilla operación de limpieza desparasitaria.

Pero en el supuesto de que lo pudiéramos hacer, también nos servía de poco, ya que al llevar el jersey limpio puesto un día o dos, estaba ya infectado de nuevo otra vez, de aquellos molestos parási-

tos que nos llevaban de cabeza y que lo invadían todo con suma facilidad, como si fuera una plaga bíblica.

Los piojos en invierno en La Alcarria y las moscas en verano, en Extremadura, proliferaban con la misma facilidad, en uno como en otro caso, como tuve la oportunidad de comprobar unos meses después, como relato en otro capítulo de este libro.

En la actualidad, tanto una plaga como la otra, se pueden combatir fácilmente, porque existen productos químicos apropiados y eficaces, para poderlos eliminar sin ningún problema.

En las guerras modernas, los ejércitos combatientes, no padecen esta clase de miserias, aunque están expuestos a los efectos de otro tipo de armamentos más mortíferos y destructivos que los que había en las guerras de principios de siglo.

De todas formas, las guerras siempre son calamitosas, con la particularidad que en las guerras modernas, todos estamos expuestos a sus efectos perniciosos y destructivos.

PUÇUL
MUSEO ESCOLAR

PUÇOL
MUSEO ESCOLAR

UNA NOCHE INOLVIDABLE

La historia que voy a contaros, la viví yo, personalmente hace ya muchos años, concretamente cincuenta y dos, ya que ocurrió en el verano de 1942. En aquellos días, yo formaba parte de un Batallón de represaliados políticos, que estaba en Tenerife, la isla más grande y más importante de Canarias. Nuestra misión allí, era construir carreteras, que hacían tanta falta en aquellos territorios insulares. Desde hacía varios meses, estábamos trabajando en los alrededores del bonito pueblo de Vilaflor de Chasna, en la parte sur de la isla, y que está situado a 1.300 metros de altura sobre el nivel del mar, y por consiguiente, es uno de los pueblos más altos de todos los territorios españoles. Por su altura y por estar rodeado de verdes pinares, es un pueblo muy sano, hasta tal punto, que allí se desplazaban muchos enfermos de tuberculosis para reponerse de su enfermedad.

La carretera que estábamos construyendo, cruzaba el centro de la isla, de norte a sur, desde el Valle de la Orotava, que es un auténtico vergel, hasta Granadilla de Abona, cercana a la costa del Silencio, una zona árida y seca, y por consiguiente escasamente poblada.

Por necesidades del trabajo que teníamos que realizar, nos destinaron a la costa oeste de la isla, a una distancia de unos treinta kilómetros, distancia que tuvimos que recorrer a pie, por un terreno

montañoso y muy accidentado. Para que este viaje resultase menos cansado y fatigoso, lo realizamos por la noche. De esta manera, a las diez de la noche, después de cenar, partimos de Vilaflor de Chasna hacia el norte. Eramos alrededor de cien hombres, incluidos los soldados y los mandos que nos custodiaban y dos guías del lugar, conocedores del terreno por el que teníamos que transitar, para que no nos desviáramos de la dirección correcta y pudiéramos alcanzar nuestro punto de destino, sin el menor contratiempo.

Ibamos todos en fila india, por unos senderos pedregosos y complicados que hacían muy difícil la marcha, en aquella zona boscosa de verdes pinares, que perfumaban el tranquilo ambiente de la noche. A medida que avanzábamos, íbamos ganando altura y el panorama iba cambiando de decoración. De esa manera, los pinares dieron paso a las retamas de flores amarillas y los codesos de flores blancas. Y cuando superamos los dos mil quinientos metros de altura sobre el nivel del mar, desapareció por completo como por arte de magia toda la vegetación, todo signo de vida vegetal, y apareció ante nuestros ojos una naturaleza muerta, una naturaleza pétrea, árida, descarnada. Y continuamos subiendo y avanzando poco a poco, por las estribaciones montañosas, hasta que se abrió ante nuestros ojos asombrados, la concavidad volcánica del Parque Nacional de las Cañadas, paisaje impresionante, auténtico paraje lunar, compuesto de escoria y lavas, que nos produjo una sensación de asombro indescriptible.

En esa concavidad inmensa, que no es otra cosa que el cráter gigantesco de un antiguo volcán que emergió del corazón de la Isla de Tenerife hace millones de años, se pueden ver aun algunas figuras lávicas, de variadas y extrañas formas, entre las que se destaca una especia de monolito retorcido y vertical que apunta hacia el cielo y se le conoce con el nombre de El Dedo de Dios y que figura en una serie de billetes de mil pesetas, que han estado en circulación durante muchos años.

Y al fondo de la concavidad de las Cañadas, dominándolo todo, con su figura imponente y mayestática de una Divinidad de piedra que es todo un mito, el cono altivo del Teide, que alcanza los casi cuatro mil metros de altura, y que ejerce un poder mágico y sim-

bólico sobre todos los habitantes de Tenerife, como queda fielmente reflejado en la letra de muchas folias, que son la piedra angular del folklore isleño. Tanto es esto así, que la isla de Tenerife y el Teide, forman la más completa simbiosis que imaginarse pueda, y nunca nos imaginaríamos el uno sin el otro, ya que los dos están permanentemente unidos como el anillo al dedo.

A esas alturas que nos encontrábamos, en las horas centrales de una noche de verano, en aquel sobrecogedor paisaje que nos encogía el corazón, reinaba el más absoluto silencio. Un silencio telúrico, denso, que se podía cortar con un cuchillo. Un silencio que nos parecía irreal, fantástico y que solo se puede comparar al silencio que se observa en un cementerio abandonado y solitario. Un silencio total, absoluto, como si la vida se hubiese paralizado, hasta en sus más mínimos latidos. Un silencio sepulcral como si la naturaleza, en su globalidad, se hubiese replegado hacia si misma, para una meditación trascendente.

Y en medio de ese silencio impresionante, nosotros caminábamos en fila india, rodeados de un mar de lava, que los canarios llaman malpais. Y caminábamos en la obscuridad de la noche, como figuras fantásticas, irreales, arrancadas de un cuento de miedo, hacia un destino imprevisible. Como una comunidad de seres embrujados que se dirigían a celebrar un aquelarse de media noche en un cruce de caminos.

Como llevábamos varias horas de caminata, los mandos que dirigían la expedición, dieron orden para que nos detuviéramos para descansar un rato, con el fin de recuperar fuerzas, que ya las teníamos bastante mermadas por el cansancio y aun nos quedaba por recorrer la mitad del camino, hasta llegar a nuestro punto de destino. Y nos sentamos como pudimos, sobre promontorios de lava cortante y petrificada. Permanecimos todos callados. Nadie osaba romper la magia de aquel silencio que invitaba más al recogimiento que a la palabra. El aire que respirábamos era limpio, tenue, transparente. Y hasta parecía que nuestro cuerpo había perdido parte de la pesadez y la gravedad que tiene cuando estamos a menor altura. Y esa mayor transparencia del ambiente que nos envolvía, propiciaba el que las estrellas del cielo, brillaban con más claridad en sus deste-

llos refulgentes. Y cuando estábamos sumidos en la magia envolvente de aquellos momentos encantadores, ocurrió un hecho imprevisto, un hecho inesperado, aunque suele ocurrir con mucha frecuencia. De momento, empezaron a verse desprenderse del cielo una gran cantidad de estrellas fugaces, que dejaban tras de si, unos rastros luminosos, como las estelas espumosas que dejan los barcos cuando surcan los mares. Estas estrellas fugaces, como es bien sabido, no son otra cosa que pequeños meteoritos que vagan por el espacio sideral, y que al entrar en contacto con la atmósfera terrestre, se incendian por el roce de la atmósfera que rodea la tierra, hasta que se desintegran por completo. Y una de aquellas estrellas más luminosas, llegó hasta la superficie de la tierra, y vino a chocar sobre el cráter del volcán, que era el punto más alto de aquellos entornos montañosos, produciendo una luminosidad tan fuerte y tan intensa, que iluminó toda aquella zona, con un torrente de luz, como si estuviéramos en pleno día, originándose una pequeña vibración terrestre, al chocar el pequeño meteorito incendiado contra la cúspide del cono del volcán. Aquello fue como una nueva sensación añadida a las fuertes sensaciones experimentadas unos momentos antes. Aquello fue como un cambio de decorado instantáneo en una representación teatral, en la que vamos de sorpresa en sorpresa, sin sucesión de continuidad. Aquella eclosión de luz instantánea, solo duró unos breves momentos, para volver de nuevo a la obscuridad de la noche y al silencio más absoluto...

Nos costó un tanto reponernos de la sorpresa que nos produjo la caída de aquella estrella fugaz sobre la cúspide de la montaña, como un prodigio de la naturaleza y del que habíamos sido testigos de excepción. Fue como una apoteosis al final de una representación luminosa que nos habían ofrecido las fuerzas cósmicas que actúan en el gran teatro del Universo, y que a veces llegan hasta nosotros, para demostrarnos su aparatosidad y su grandeza. Y ante tales fenómenos cósmicos, nosotros las personas, pobres seres mortales que habitamos en este pequeño planeta llamado Tierra, nos sentimos empequeñecidos, insignificantes, aunque en nuestra soberbia, queramos aparecer como los reyes de la creación, como la obra más perfecta de Dios.

Mientras estábamos enfrascados en estas reflexiones, por encima de los bordes de las montañas de lava que limitan la concavidad de las Cañadas, apareció la Luna, disminuida en su tamaño, porque se encontraba en su fase de luna menguante, pálida, blanquecina, transparente, para recordarnos que ella era la Reina de la obscuridad, la que nos alumbra todas las noches, y que la luminosidad arrebatadora que habíamos visto por unos momentos, producida por aquella estrella fugaz que había caído sobre el Teide, había sido un puro accidente, un mero capricho de la naturaleza, que quiso sorprendernos y maravillarnos solo unos instantes. Pero que ella, la Luna, nos acompañaba a todas las noches ofreciéndonos su pálida luz reflejada, en su recorrido permanente alrededor de la Tierra, que con su atracción, la mantiene fija a su alrededor, como fiel acompañante, como satélite incondicional que gira alrededor de la Tierra, desde el principio de los tiempos.

Después de permanecer descansando una media hora, los mandos que iban al frente de la expedición, dieron orden de continuar la marcha para cubrir el último trayecto de nuestro viaje, en dirección al oeste, para alcanzar nuestro punto de destino.

Cuando salimos de la concavidad de las Cañadas, con sus malpaises, iniciamos el descenso hacia la costa. Y como en la subida, unas horas antes, a las retamos y los codesos, sucedieron las verdes pinares. Y al perder altura, los pinares dieron paso a las chumberas, los viñedos y otras variedades de frutales y cultivos.

En el descenso hacia la costa, en el espacio de cuatro horas, pasamos de una altura de dos mil quinientos metros, hasta la cota cero, es decir hasta el nivel del mar. Y la bajada se hizo en las mismas condiciones que la subida, por senderos y trochas entricadas y pedragosas, que dificultaban nuestra marcha y hasta lastimaban nuestros pies.

El viaje había durado nueve horas. Y cuando llegamos al pequeño y mísero caserío de Puerto Santiago, rodeado de una costa desértica y muy poco habitada, junto al mar, la Aurora risueña y resplandeciente había barrido los negros cortinajes de sombra de la noche.

Nos alojaron en una nave abandonada junto al mar, en las cercanías de la carretera que teníamos que construir, que enlaza-

ría la bonita población de Guía de Isora con el caserío de Puerto Santiago.

Aunque el mar estaba tranquilo, las pequeñas olas espumosas se estrellaban sobre las rocas volcánicas de color negro que había en la costa.

Frente a nosotros, a unos cuarenta kilómetros de distancia, se divisaba la silueta montañosa de la pequeña isla de la Gomera, que parecía un barco varado, en medio del Océano Atlántico. Como el aire era muy tenue y transparente, se podían apreciar, con toda clase de detalles, los pliegues orográficos de las montañas de la Gomera, a pesar de la distancia.

A nuestra derecha, los llamados Acantilados Gigantes, que caen sobre el mar, como una cortina de piedras basálticas, y que son el final del Macizo de Teno.

Y a nuestras espaldas se podía ver la cúspide de la montaña cónica del Teide, que aparecía iluminada por los primeros rayos del sol saliente. Nuestro viaje había terminado al finalizar la noche, aquella noche inolvidable, que recordaremos siempre, por las fuertes sensaciones que vivimos.

Aquel mísero caserío de Puerto Santiago y sus alrededores, hoy se han convertido en uno de los complejos turísticos más importantes de la Isla de Tenerife.

MUSEO ESCOLAR

LAS CARTILLAS DE RACIONAMIENTO

Las cartillas de racionamiento de los productos de primera necesidad, se implantaron en España por primera vez, durante la Guerra Civil Española, cuan-do empezaron a escasear los alimentos. Pero cuando terminó la contienda en 1939, continuaron en vigor durante catorce o quince años más, ya que en la postguerra, nuestro país permaneció igualmente desabastecido de todos los productos esenciales para una vida normal, a causa del bloqueo y de la marginación que padeció por motivos políticos, en una nación depauperada por la guerra, con una escasa producción, ya que había centenares de miles de españoles en las cárceles, en los campos de concentración o prestando servicio en el ejército, (llegó a haber cuatro o cinco quintas al mismo tiempo, prestando servicio militar) además de los muchos que habían muerto en la guerra.

Toda esta serie de circunstancias adversas, confluyeron al mismo tiempo, para que España viviera una época muy penosa y traumatizante, que parecía no tener fin, por lo mucho que se dilataba en el tiempo.

Para distribuir los pocos alimentos que había, se creó la Comisaría de Abastecimientos y Transportes. Y a través de este organismo, a cada uno de los españoles, se le asignaba, quincenalmente, una ración de los productos básicos, para su sostenimiento, (aceite, arroz, garbanzos, azúcar, jabón, etc.) cortando un cupón de cada uno de los apartados de la cartilla correspondiente, cartilla que se renovaba, de tiempo en tiempo, cuando se terminaban los cupones.

En Elche, como en el resto del territorio español, había una serie de tiendas de comestibles, que por proximidad geográfica, distribuían estos alimentos al vecindario. Lo mismo ocurría con las panaderías, que distribuían las raciones de pan. Este pan, solía ser de harina de trigo, en la mayoría de los casos, pero a veces, cuando esta clase de harina escaseaba, la hacían de harina de cebada o de maíz, que era de peor calidad, hasta tal punto que resultaba muy difícil podérselo comer. Pero como no había otra cosa, había que apechugar con él.

Lógicamente, cuando alguien se cambiaba de domicilio, dentro o fuera de la misma población, se cambiaba el lugar de abastecimiento, donde tenía que recoger sus raciones de alimentos.

Durante los primeros años de la postguerra, las raciones eran muy cortas y manifiestamente insuficientes a lo que necesitaba una persona para una nutrición correcta y normal. Ante esta situación, la gente solo tenía dos opciones alimentarse deficientemente o buscar comida por sus propios medios, al margen del abastecimientos oficial, en el llamado comercio clandestino. Y ese comercio clandestino, iba levantando el vuelo más y más, y en el que estaban involucradas muchas personas, que se conocían con el nombre de "estraperlistas", corrían el riesgo de que las autoridades de vigilancia les cogieran *in fraganti* y les sancionaran económicamente, además de requisarles el "género" incautado. Pero si no les cogían, que era lo que solía ocurrir, en la mayoría de los casos, tenían aseguradas unas ganancias substanciales de inmediato y con muy poco esfuerzo.

Entre los "estraperlistas" había varias categorías, los que practicaban este tipo de comercio al por mayor, los que practicaban al por menor y los que lo practicaban al detall. Cuando mayor era el volu-

men del "género" comercializado ilegalmente, mayor era el riesgo que se corría, si lo "cazaban" *in fraganti*, pero también podía ser mayor el beneficio que se lograba, si no les descubrían. De todas formas, lo cierto es que durante aquellos años, muchas personas amasaron grandes fortunas con el "estraperlo", a costa de las escaseces y necesidades de la inmensa mayoría de la población.

A aquella serie de personas, que de la noche a la mañana, se enriquecieron con el "estraperlo", se les llamaba "los nuevos ricos", y hasta hacían ostentación de su riqueza, adquirida de una forma tan poco ética. En términos generales, los "estraperlistas" solían ser unas personas de pocos escrúpulos, de un nivel cultural más bien bajo, que no les importaba correr riesgos, con tal de enriquecerse rápidamente, en aquellas circunstancias excepcionales y un tanto anómalas.

El "estraperlo" a escala nacional, alcanzó una gran magnitud, hasta tal punto, que el Gobierno tuvo que tomar medidas drásticas y punitivas, en contra de los que lo practicaban, incrementando las penas y las sanciones, hasta el extremo de condenar a muerte a varios "estraperlistas" de altos vuelos, pero no llegaron a ejecutar a nadie, pues resultaba que algunos de los "estraperlistas" de mayor entidad, eran gentes del mismo régimen que ocupaban altos cargos de la Administración, y que valiéndose de esos cargos "estraperlaban" en su propio beneficio. Por otra parte, el Gobierno sabía muy bien que el "estraperlo" era la consecuencia de un abastecimiento deficiente de la población, en productos básicos para su alimentación, y de que ocurriera esto, el mayor responsable era el propio Gobierno. De ahí nacía esta cierta tolerancia y pasividad en las autoridades gubernativas a la hora de combatir esta lacra del "estraperlo".

En aquellos tiempos, había mucha gente que no tenían más ocupación que el "estraperlo" y que se ganaban la vida de esa manera. Eran los "estraperlistas" al por menor, que en Elche había varios centenares. Muchos de ellos, todas las mañanas a primera hora, subían en el "granadino" (tren correo que iba de Alicante a Granada) y se bajaban en Lorca o Puerto Lumbreras, donde tenían sus contactos con otras personas de lugar, que les preparaban el "género" y les compraban harina de trigo, garbanzos o alubias y en el

primer tren de pasajeros que fuese en dirección a Alicante, subían con sus bultos que escondían debajo de los asientos de madera de aquellos vagones de tercera clase sucios y un tanto destartalados y antes de llegar a la estación de Elche, cuando ya el tren había disminuido la velocidad, lanzaban los bultos por las ventanillas, bultos que recogían los familiares o los socios que les estaban esperando.

Algunos días, la Guardia Civil (que sabía lo que estaba ocurriendo) en la estación de Alcantarilla, subían al tren y requisaban todos los bultos que había bajo de los asientos, después de preguntar de quien eran. Pero nadie los reclamaba, pues de haberlo hecho, les hubieran sancionado fuertemente, además de perder la mercancía.

Todos estos bultos requisados, la Guardia Civil los descargaban en la estación de Murcia y se les llevaban al cuartel. No obstante, los "estraperlistas" de Elche, al día siguiente hacían la misma ruta y repetían la misma operación, para resarcirse, en la medida de lo posible, de estas pérdidas. Y lo que ocurría en Elche, ocurría igualmente en otros muchos pueblos españoles.

Para que se tenga una idea aproximada de la situación general de los españoles, (sobre todo, de los asalariados) en aquellos momentos, basta decir que un obrero de la industria, trabajando ocho horas, ganaba un jornal de quince pesetas diarias, mientras un kilo de pan de "estraperlo" llegó a costar alrededor de diez pesetas. Y así, todos los demás artículos de primera necesidad. De esta manera, podemos darnos cuenta de las calamidades que pasarían las familias que tuvieran varios hijos pequeños y que no tuvieran más ingresos que el jornal del marido. (en aquellos tiempos, eran muy pocas las mujeres casadas que tuvieran una ocupación fija, fuera del hogar) y mucho peor aun si además de los alimentos tenían que pagar el alquiler de una vivienda, aunque entonces, los alquileres estaban superbaratos.

Donde peor se pasaba era en las grandes poblaciones, donde la gente tenía que limitarse a la pequeña ración, monda y lirondo, que les suministraba la Comisaria de Abastecimientos y Transportes. En cambio, en las pequeñas poblaciones y en las zonas rurales, siempre se podían conseguir algunos alimentos complementarios a las raciones oficiales, ya que en los campos, siempre habían algunos produc-

tos de venta libre como eran el caso de las frutas frescas y secas, las hortalizas y las verduras, que se podían adquirir directamente a los agricultores que los habían cosechado en sus campos.

Durante los meses de Octubre a Marzo, mucha gente de la población, (sobre todo, los chicos) a primeras horas de la mañana, salían a los huertos de palmeras de la periferia de la ciudad, para recoger del suelo los dátiles maduros que habían caído durante la noche, a causa del viento, para comérselos. Durante aquellos calamitosos años, los dátiles saciaron el hambre de muchos ilicitanos.

En aquellos tiempos de escaceses, no había enfermos de colesterol, ni problemas de obesidad, que tanto abundan ahora, cuando la gente en términos generales, come en demasía. En cambio, había muchos tísicos y raquíticos, a causa de una alimentación irregular e insuficiente.

Los agricultores del campo de Elche, durante aquellos años difíciles, gozaban de una situación privilegiada, en lo que se refiere a la alimentación propia, hasta tal punto, que eran envidiados por la gente de la población, porque por lo menos, podían comer todo lo que querían, sin ninguna restricción. Jamás los campesinos ilicitanos, habían estado tan bien considerados como lo estuvieron durante aquellos años.

En lo que al pan se refiere, –que en aquellos tiempos, era el alimento básico y fundamental– a cada miembro de la familia, la Comisaría de Abastecimiento y Transporte, les asignaba 125 kilos de trigo de la propia cosecha, (todos sembraban trigo en mayor o menor cantidad), para el consumo de todo el año, lo que suponía más de cien kilos de pan, lo cual era suficiente para una alimentación correcta. Lo mismo ocurría con el aceite y a los que eran grandes cosecheros, se les asignaba igualmente, una cantidad determinada de litros por cada familiar.

Por otra parte, cosechaban, verduras y hortalizas, que podían disponer de ellas libremente, al no estar intervenidas. Tampoco lo estaban los conejos y las aves de corral, que había en todas las casas de campo, en pequeñas cantidades, para su propio consumo familiar y lo que les sobraba, podían venderlo libremente a los demás.

Durante aquellos largos años, todo lo que producía la tierra y fuera comestible, se vendía pronto y a buenos precios, (excepto lo que se entregaba, obligatoriamente, a la Comisaría de Abastecimiento y Transportes que lo pagaban a precio oficial que era muy bajo). Pero en honor a la verdad, tenemos que decir que los agricultores, siempre encontraban la manera de no entregar la totalidad de la cosecha a la Comisaría, incluso, mediante sobornos a los funcionarios que tenían competencias en esta materia, (entonces había mucha corrupción, en ese sentido). Y la parte, más o menos grande de las cosechas no entregadas, la vendían a los "estraperlistas" a precios mucho más elevados del precio oficial, incrementaban sus beneficios. Por eso, aquellos años, fueron los más prósperos que tuvieron los agricultores ilicitanos en toda su historia, a pesar de que tropezaban con muchos inconvenientes para hacer producir la tierra, como era la escasez de fertilizantes y de abonos químicos que se padecía, al no haber producción propia y del extranjero no entraba nada, por no haber relaciones comerciales con los demás países.

Por otra parte, los costos de cultivo eran relativamente bajos, ya que los jornales que son un capítulo importante en el gasto que supone el cultivo de la tierra, estaban muy baratos.

Los únicos productos agrarios que tenían poco precio, y difícil salida, eran los que se exportaban a los mercados extranjeros, pues al no haber exportación, no había forma de venderlos. Tal era el caso de las almendras y de los limones. Las almendras, durante unos años, tuvieron que molturarse para extraerles el aceite (que por cierto, es muy fino y muy bueno para consumo humano) y la pulpa molturada, se gastaba para pienso de los rumiantes.

En cuanto a los limones, durante muchos años, tuvieron un escaso valor comercial, por no haber mercados consumidores para ellos. De ahí el que se arrancaran muchos almendros y limoneros, para sembrar en los terrenos que dejaban libres cereales, particularmente trigo, que era lo que entonces se necesitaba y tenían mucha demanda.

Esta situación de anormalidad en los abastecimientos alimenticios, duró hasta mitad de la década de los años cincuenta, cuando España dejó de estar aislada del concierto internacional y se restablecieron las relaciones comerciales y diplomáticas con todo el

mundo. A partir de esos momentos, las cartillas de racionamiento, desaparecieron afortunadamente de la circulación.

Hace unos meses, removiendo papeles antiguos, en un cajón olvidado, tropecé con mi cartilla de racionamiento que no había visto desde hacía muchos años. Allí estaba, amarilla y polvorienta, como un mudo testigo de una época penosa que vivimos todos los españoles, hace más de medio siglo. ¡Cuanto han cambiado las cosas, desde entonces, afortunadamente!

PUÇOL
MUSEO ESCOLAR

PUÇOL
MUSEO ESCOLAR

CAMPOS SIN PÁJAROS

En las primeras décadas del presente siglo, había en el campo de Elche, una gran cantidad de pájaros, de todas las variedades y colores, unos sedentarios, que tenían aquí su hábitat permanente y que aquí se reproducían todos los años, y otros migratorios, que solo pasaban en esta zona unos cuantos meses al año. Dentro de esta gran variedad de pequeños volátiles, los había de tamaños diferentes y de distintos plumajes, algunos de ellos de unos colores de una gran belleza y vistosidad.

Esta fue la época en que al campo de Elche llegaron las aguas dulces de los sobrantes de la Vega Baja del Segura, y las tierras ilicitanas que hasta entones habían sido de secano, se convirtieron en tierras de regadío, incrementándose sobremanera, la variedad de cultivos que se plantaron en estas tierras, tanto hortícolas como arbóreos. Con esta proliferación de tantos cultivos nuevos, aumentó mucho la vegetación, y por consiguiente, había más comida para los pájaros y mejores condiciones para su desarrollo y reproducción.

En función de todas estas circunstancias favorables, no es de extrañar que la fauna volátil se incrementara tanto en nuestros campos por aquellos tiempos.

La larga lista de nombres de toda esta gran cantidad de pájaros que había en el campo de Elche por aquellos tiempos, tal como aquí se les llamaba, en el lenguaje coloquial de los agricultores, era la siguiente: "teulains, cullaes, cohetes, bilsacs, bolsicons, barraqueros, cabetnegrets, cabetroxets, cagampedres, chaus, tors, golondrines, capsots, flarets, apaputs, muchols, culroches, torruanes, ruisinyols, molletes de caragol, falsies, abechirugos, falcons, águiles, merles, canaris, tórtoles, coloms, mosiguellos", además de las varias especies de aves acuáticas que tenían su hábitat y se reproducían en las zonas húmedas y en las charcas del Hondo y de la Albufera.

Dentro de esta extensa avifauna, había pájaros que anidaban en el suelo y otros que anidaban en los árboles. Entre los primeros, se puede citar a "les cullaes, els cloxiells, les huales, les aperdius, les calandries i les cagampedres" con la particularidad de que estas últimas hacían los nidos "baiax d'el terrosos, en el guarets". Había también dos variedades de pájaros, que no anidaban ni en los árboles ni en el suelo, como eran "els bolsicons i el flarets". Los primeros, hacían los nidos en forma de bolsa, (de ahí el nombre de "bolsicons" que colgaban de las matas de cereales, a unos treinta centímetros del suelo, con una boca muy estrecha, por la que entraban para incubar los huevos o alimentar a los polluelos, y los segundos anidaban "dins del canterets" que se colgaban de los árboles, en las proximidades de las casas de campo.

En cuanto a las golondrinas, como es bien sabido, hacían los nidos a base de pequeñas pellas de barro, que pegaban a las vigas de las techumbres o bajo las cornisas de los edificios. En cuanto a "els apaputs", anidaban en los agujeros de los troncos añejos de los olivos o los algarrobos, que habían por todo el campo de Elche.

Todas las demás variedades de pájaros, anidaban en lo alto de los árboles o en los agujeros de los edificios, como es el caso de "els teulains" que también anidan en el cogollo de las palmeras.

El pájaro que hacía el nido más voluminoso en las copas de los árboles, era "el capsot" (se llamaba así por que tenía la cabeza muy

gorda), y los que apenas hacían nido, eran "les huales i les aperdius", que se limitaban a hacer un hoyo poco profundo en el suelo, ("les huales" en los sembrados y "les aperdius" en las zonas montañosas), en el depositaban hasta ocho y diez huevos que ponían y allí los incubaban durante unas tres semanas, hasta que nacieran los polluelos, ya estaban en disposición de caminar y se podían ver con mucha frecuencia a "les huales i les aperdius", caminando rápidamente por tierra, seguidas de su numerosa prole, que aun no podían volar, aunque les salían las plumas muy pronto.

Entre toda la amplia gama de pájaros que había en el campo de Elche, los más pequeños eran "els bolsicóns" i "les molletes de caragol" y los que tenían mejor carne, "les titanetes".

Los más difíciles de cazar, porque eran muy vivas y escurridizas eran "les cohetes" hasta tal punto, que se decía de una persona que fuera muy despierta y espabilada, "eixe es mes listo que les cohetes".

Había algunos pájaros que tenían un plumaje muy hermoso, como "les cagarneres" por ejemplo, que además de hermosos colores, cantaban muy bien y se adaptaban con facilidad a la cautividad de la jaula. Pero el que se llevaba la palma, en cuanto a la armonía y dulzura de su canto, era el "ruisenyol" macho, que cantaba por la noche en verano, durante la época de la reproducción, mientras la hembra incubaba los huevos en el nido, que construían en lo alto de los árboles, en las zonas más boscosas del campo de Elche. Oír el canto del "ruisenyol" en las noches de verano, calmadas y tranquilas, era una auténtica delicia para los oídos y un regalo para el espíritu.

Había también otros pájaros cantores, de melodiosas voces, como "els canaris, els verderols, els gafarróns" y otros menos conocidos.

El pájaro que cantaba más temprano, era la "cullá". Les "cullaes" en la época de la reproducción, al despuntar el alba, se elevaban a lo alto, en la vertical del nido, que construían en medio de los sembrados, y lanzaban sus trinos al aire mañanero, como un gozoso saludo al nuevo día que empezaba. El mismo comportamiento tenían "les calandries".

Los pájaros que más daños causaban a la agricultura, eran "els teulains", "les merles" i "els tors", que se comían el trigo en las espigas, antes de la recolección, picoteaban los dátiles, cuando estaban maduros en las palmeras y se comían las aceitunas en los olivos, entre otras cosas, y por lo tanto, los agricultores les consideraban como enemigos directos de sus intereses. En cambio, las golondrinas gozaban de todas sus simpatías, pues limpiaban el ambiente de mosquitos y otras variedades de insectos perjudiciales y dañinos, por eso, los agricultores las respetaban tanto y nunca las cazaron, y hasta las protegían cuando anidaban en el interior de los corrales y cobertizos de sus casas de campo, que eran sus lugares preferidos para construir sus nidos.

Las demás variedades de pájaros que había en el campo, si que los cazaban, empleando diversos sistemas de muerte o captura: la escopeta, las redes de malla fina, en las que ponían "enses i reclams", "enviscant" el borde de los charcos donde iban a beber agua, en las acequias, y también mediante el uso de "trampes" de alambre, a las que se les ponía un cebo apetitoso para los pájaros, como eran las hormigas de alas, por ejemplo. "Estes trampes", se ocultaban bajo tierra para que los pájaros no las detectaran.

"Les titanetes" que eran pájaros migratorios, y que venían al campo de Elche en grandes cantidades, para invernar y que se alimentaban de insectos y pequeños gusanos, pernoctaban entre las malezas de los saladares. Y para capturarlos, solían ir allí los jóvenes de las partidas rurales del Pusol, Algoda o Derramador, que estaban más cercanas en las primeras horas de la noche, empleando un sistema de caza muy curioso: llevaban "un copet" al final de un palo de metro y medio de largo, un farol de carburo y un cencero, que iban moviendo para disimular el ruido de las pisadas. Con la luz del farol, iban buscando donde estaban "les titanetes" que se quedaban encandiladas por la luz. Entonces, dejaban caer "el copet" encima, para que no pudiera volar y las cogían con la mano con mucha facilidad. Si había varias juntas, no dejaban de enfocarlas con la luz del farol, y las iban cogiendo con la mano, para no hacer ruido con "el copet" que pudiera ahuyentarlas.

Pues bien. De toda aquella abundante avifauna que había en el campo de Elche, a principios de siglo, apenas queda nada. La única

variedad de pájaros sedentarios que han supervidido al paso de los años, sin merma ni deterioro, han sido "els teulains" (a propósito de "els teulains" (gorriones), tenemos que manifestar que esta variedad de pájaros proliferan en todo el mundo, tanto en climas cálidos como en climas fríos, pues yo lo he visto en Rusia y en Colombia, en Israel y en los Estados Unidos, en Suiza y en Marruecos. Tal vez sea la única variedad de pájaros que viven y se reproducen a escala planetaria.

Todas las demás variedades de pájaros, prácticamente han desaparecido del campo de Elche, tanto los sedentarios como los migratorios. Las dos únicas variedades de pájaros migratorios que siguen viniendo regularmente todos los años, son "les golondrines" en primavera para anidar aquí y pasar el verano, y "els tors" que vienen en otoño para invernar en estas comarcas. De los demás, solo se pueden ver, de tarde en tarde alguna pareja de "gafarróns" que anidan tempranamente en lo alto de los naranjos y otros árboles. También se ven algunas parejas de "merles" pájaros muy glotones que también anidan en lo más alto de los árboles.

En cuanto a los de mayor tamaño, superviven a duras penas, "les aperdius" en las zonas montañosas y algunas tórtolas, que pasan aquí cortas temporadas cada año.

Y la verdad es que ha sido una verdadera lástima, que se haya perdido toda la riqueza de esa avifauna tan abundante que hubo en estos campos en otros tiempos, pues un campo sin pájaros es como un jardín sin flores, que pierde todo su encanto y atractivo.

Y llegado este momento, habría que preguntarse cual ha sido la causa que ha dado pie para que los pájaros desaparecieran del campo de Elche casi en su totalidad.

A nuestro modesto entender, han habido varios motivos que han propiciado que esto ocurriera, como son, una mayor presión de los cazadores (incluyendo en este apartado el uso indiscriminado de las llamadas "redes japoneses" que lo apresan todo), el haberse entubado todos los cauces de riego del campo de Elche, y por consiguiente es muy difícil que los pájaros encuentren agua para beber, la mayor densidad de viviendas en el campo, que dificulta mucho la vida normal de los pájaros y el abundante uso de insecticidas y

plasticidas que se emplea en todos los cultivos y que envenena las flores y los frutos que les dan sustento, podían ser algunas de las razones que nos han conducido a la situación actual.

Con las abejas ha pasado lo mismo que con los pájaros, ya que hace unas décadas, había colmenas en casi todas las casas de campo, en todo el término municipal de Elche, que producían una abundante cosecha de miel, que consumían casi en su totalidad, las familias campesinas en su dieta diaria. Y ahora, no se ven colmenas por ninguna parte, ya que las abejas se mueren todas a causa de los muchos insecticidas que se emplean en las fumigaciones de las cosechas de todas las variedades.

Entonemos, pues, un sentido "réquiem" por los pájaros y las abejas que hubo antes y que ahora no hay en el campo de Elche, para desgracia nuestra.

PUÇOL
MUSEO ESCOLAR

PUÇOL
MUSEO ESCOLAR

Otros libros del autor

1.- Impresiones y recuerdos de Canarias.
2.- El campo, entre la marginación y la esperanza.
3.- Cantos de amor y esperanza. (Poesía)
4.- Agrodelx
5.- ¡Salvemos los palmerales de Elche!
6.- S'ha perdut una cultura del camp d'Elx.
7.- La agricultura ilicitana de ayer a hoy.
8.- El futuro del campo de Elche.
9.- El paso de los días (Poesía)
10.- Tierras, pueblos y paisajes.
11.- La vida que pasa. (Poesía)
12.- Sociedades agrarias ilicitanas del último siglo. (1886-1986)
13.- Poemas a la Dama del Alba. (Poesía)
14.- Los palmerales de Elche, desde sus orígenes.
15.- De Estambul a Moscú.
16.- Del tiempo y de la vida. (Poesía)
17.- Viajar, ver y escribir.
18.- Memorias de mi tiempo.
19.- Juan Algorós.
20.- Pinceladas. (Poesía)
21.- El placer de viajar.
22.- La poesía de las ciudades. (Poesía)
23.- El camp d'Elx. Historia i tradició.
24.- Las Islas Canarias, vistas por un peninsular.
25.- Historias del campo de Elche.
26.- Por los caminos de Europa.
27.- Viajes y Congresos.
28.- Pascual Campos.
29.- Del jardín de mis tardes.
30.- El mundo visto a los ochenta años.
31.- Nuevas historias del campo de Elche
32.- Viajar en el recuerdo
33.- De domingo en domingo

MUSEO ESCOLAR

Este libro se acabó de imprimir en los
talleres de Pascual Segarra el
día 21 de abril de 1998
festividad de San
A n s e l m o

PUCOL
MUSEO ESCOLAR

PUÇOL
MUSEO ESCOLAR